



Kate L.
MORGAN

Seducir a Mister
McNiall



Seducir a
Míster McNiall

Kate L. Morgan



Índice

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

Condado de Halifax, Nueva Escocia, 1908

¡MALDITA SU SUERTE!

Si él hubiera sido un hombre rico, si hubiera obedecido a su padre y se hubiera dedicado a la iglesia, si hubiera sido más ambicioso e incluso temerario, ahora no tendría que enfrentarse a un destino aciago.

Stephen soltó un largo suspiro mientras sujetaba con más fuerza las bridas de la montura. Había quedado con los amigos en Truro; el mejor club para hombres en la zona de Quinpool. Tenía ganas de estar un tiempo con ellos porque llevaba una semana horrible. Mollie, su amante desde hacía dos años, se había marchado a visitar a sus padres a Port Hodd. Él, se sentía muy avergonzado de no poder ofrecerle lo que ella necesitaba, pero la quería, y de momento a ella le parecía suficiente. Stephen vivía con Mollie en una casita muy cerca de Pleasant Park.

Como iba a estar unos días solo, había decidido encontrarse con sus amigos de siempre. Stephen arreó su montura aunque cabalgar tan rápido podía ser peligroso, pero el club se encontraba en un lugar privilegiado, y donde se servía el mejor whisky.

El verano no era muy bueno en Nueva Escocia, bueno, en realidad no era bueno en todo el año, pero en ese tiempo Halifax estaba a tope de visitantes del norte buscando víveres para pasar los meses más fríos del año, también enseres para sustituir aquellos que se rompían. Detuvo el caballo sin problemas, desmontó, y le paso las riendas al mozo de cuadra. El chico se quedó esperando la moneda, pero él no llevaba nada encima.

—Llegas temprano —la voz era la de su amigo Darrell.

Darrell Dexter era el hombre más sarcástico de todos. Tenía veintiocho años y estaba soltero. Era dueño de Shediac, la cuadra donde se criaban los mejores sementales de Nueva Escocia, además le gustaban las mujeres hermosas y los caprichos caros.

Darrell había tenido una infancia muy dura porque tartamudeaba de niño, lo que hizo que su padre lo ignorara. Creció aislado en el campo, mientras su familia vivía en Shelburne. Cuando el padre se dio cuenta de que su hijo era un tipo del que podía sentirse orgulloso, resultó demasiado tarde; Darrell ya no sentía el menor interés por relacionarse con su padre. Por ese motivo se marchó de la casa familiar, y no volvió hasta que se supo huérfano.

—Quería ser el primero en llegar —respondió él—, pero ya veo que no es así.

—Pues casi llegas el último —respondió John.

John Sparrow era conductor de carruajes, tenía veintiséis años. Estaba soltero, y era un hombre con un agudo sentido del humor, pero todavía más de cinismo. Desde muy joven tuvo que luchar para poder encontrar su lugar, y para lograrlo decidió unirse al ejército. Allí había aprendido todo sobre los sementales, y desarrolló una habilidad natural para conducir todo tipo de carruajes. Se licenció con honores del ejército, y montó su propio negocio.

—¿No ha llegado Charles? —preguntó algo sorprendido porque el mencionado solía ser muy puntual.

—Habrà tenido que atender a algún cliente de última hora.

Charles Tupper era el dueño de un pequeño restaurante en el centro, lo había heredado de su

abuelo, y llamaba al local Dufferin. Tenía veintinueve años, estaba viudo, y era el más impulsivo de los cuatro. Era un hombre al que le gustaba llevar la contraria casi en todo, quizás porque él lo consideraba una forma de demostrar su valía porque la muerte de su esposa lo había dejado con un marcado trauma.

Un sirviente de casaca roja y brillantes botones dorados dejó la botella y los vasos sobre la mesa.

—Gracias Dummfrier —le agradeció Stephen.

—¿Vais a tomarlo sin mí, desgraciados?

Charles acababa de hacer su entrada en uno de los reservados en el club Truro.

—Es solo el primer trago —respondió Darrell casi al mismo tiempo que se echaba un trago largo—, y está bueno —enfaticó.

Los cuatro amigos se saludaron y brindaron por el encuentro de cada semana. Era el incentivo que necesitaban para continuar adelante.

—Ha sido un día bastante duro —la voz de Charles había sonado impaciente.

—¿Qué pensáis hacer mañana? —la pregunta de Stephen logró que tres cabezas se giraran hacia él.

—Mañana es sábado —respondió Darrell—. Posiblemente tenga una venta, una que espero con impaciencia pues me reportará grandes beneficios.

—¿Vas a vender a Digby? —preguntó Stephen.

Digby era el mejor semental de las cuadras Shediac, pero Darrell no contestó.

—Yo tengo que llevar a un par de religiosos a Little Harbour —contestó John.

—Yo abriré Dufferin como siempre —respondió Charles—. El restaurante está comenzando a funcionar muy bien ahora que he cambiado de cocinero.

—Pues yo tengo todo el fin de semana para mí solo —dijo Stephen. Charles, Darrell y John lo miraron con suma atención—. Mollie se ha ido a Port Hodd. Quiere pasar un par de días con sus padres —informó.

—¿Y no te has marchado con ella? —la pregunta de Charles parecía inocente, pero no lo era.

—¡Por San Jorge que ha vuelto a dejarte! —exclamó Darrell.

Stephen lo miró con semblante serio.

—¿Qué tiene de extraño que vaya a ver a su familia? —respondió serio.

—Y el *shyster* no se entera —dijo John mirando a Charles y a Darrell a la vez.

Como era abogado los amigos lo llamaban picapleitos.

—Haz el favor de no hablar de mí como si no estuviera presente —se quejó Stephen—, que solo me dejó una vez.

—¡TRES VECES! —respondieron los amigos al unísono.

—Las otras dos no cuentan porque fueron malos entendidos.

—¡Uf! —bufó Charles por toda respuesta.

—Puedes venir mañana a las cuadras, te dejaré montar a Digby —le ofreció el amigo—, e igual se te aclaran las ideas.

Stephen hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Me gustaría pintar el salón pues buena falta le hace —contestó—, así cuando regrese Mollie se llevará una sorpresa.

La economía de Stephen era muy precaria pues hacía bastante tiempo que había perdido su empleo, por ese motivo se ocupaba de todas las reparaciones de la casa donde vivía.

Si sus padres no se hubieran arruinado, si no hubieran fallecido en un naufragio, él seguiría conservando la casa familiar y algo de la herencia de su abuelo, pero todo se perdió en la inversión de la naviera.

—¿Se puede ser más estúpido? —preguntó Darrell de forma retórica.

—Que ya está bien —se quejó Stephen—, que yo no tengo la culpa de que estéis más solos que la una y que os moleste que yo tanga a mi florecilla.

—Para una vez que esa arpía te da un respiro, no se te ocurre nada mejor que hacer —se burló Charles mientras daba un sorbo a su copa.

—En lugar de disfrutar —apuntó Charles—, de seducir a toda dama que se ponga por delante.

—Os recuerdo que yo no soy de esos libertinos y licenciosos, ¿lo habéis olvidado? —preguntó envarado—, porque soy todo un caballero, no como vosotros, además, tengo a Mollie.

—Parece que oigo a tu padre y no a ti —le dijo John.

Los amigos no le iban a dar tregua.

—Solo te falta la armadura y la espada —se burló Darrell—, pero te recuerdo que esa mujer va a ser tu perdición —insistió—. Y me fastidia que seas tan bueno, que se aproveche de ti, y por encima de todo que no te enteres.

Stephen optó por beber un trago de whisky. No le gustaba el tono ni las palabras de ellos, pero los quería. Eran sus amigos, pues con ellos había pasado infinidad de aventura, también algún que otro duelo.

—Si yo tuviera lo que tú tienes entre las piernas —dijo de pronto Charles guiñándole un ojo—, sería el rey de las damas.

—¿Y quién te dice que no lo soy? —preguntó Stephen con una media sonrisa.

—¡La poppy de Pleasant Park! —respondieron los tres con guasa.

A Stephen no le hacía gracia el apodo que le habían puesto sus amigos a su amante. Como él la llamaba florecilla, ellos se burlaban. De acuerdo que no era la mujer más brillante, pero era buena persona. A pesar de que Stephen llevaba ya varios meses caminando en la cuerda floja porque no conseguía trabajo en ningún bufete de la ciudad, ella no le reprochaba nada, y seguía pagando los gastos que ambos generaban sin una sola protesta.

Sus amigos eran injustos en su trato hacia ella.

—¿Qué tal la entrevista del otro día en Lunenburg? —preguntó John.

Stephen resopló de una forma bastante elocuente.

—Llegué tarde. Ya habían contratado a otro abogado.

—También es mala suerte, con la de experiencia que posees —le dijo Charles—, y lo atractivo que eres.

Stephen había trabajado desde que dejó la universidad como pasante para un juez en Halifax, pero el hombre se había retirado y su sobrino terminó ocupando su puesto, con lo que él se quedó de pronto sin trabajo y sin perspectivas de lograr uno.

—Eres un buen abogado, seguro que consigues algo.

Stephen empezaba a desesperarse. Incluso había sopesado marcharse a Saint John.

—Yo podría contratarte en Shediac, pero joder, eres un abogado muy brillante y no quiero verte de mozo de cuadra —le dijo Darrell.

—¡Que no te desespere! —exclamó Charles.

—Cuando compre el próximo factón, podrás ser su conductor —le dijo John algo turbado porque de los cuatro amigos, él era el que peor trabajo tenía—, hasta que te salga algo en condiciones.

—No le veo yo de conductor —contestó Charles mientras tomaba el último trago de su copa.

—Pues ya os digo que estoy comenzando a desesperarme —admitió Stephen pensativo—. Incluso estoy pensando en marcharme a Saint John.

—¡Estás loco! —gritó Charles—. Tu lugar está aquí —recalcó golpeando el centro de la mesa con un dedo—. Con tus amigos. Nosotros te ayudaremos.

Stephen pensó que decirlo era muy fácil.

—No es una idea tan descabellada —apuntó Darrell en voz baja—. Es una ciudad grande, y seguro que hay más posibilidades para un abogado tan bueno como tú.

—¡Que no, maldita sea, que no! —protestó Charles—. Que los amigos no se separan, que entre todos podemos echarle una mano.

—¿Y qué solución queda? —preguntó Charles irónico.

—Soy el último que quiere marcharse —confesó Stephen—, pero tendré que hacerlo si no consigo trabajo en Halifax como abogado, y necesito dinero.

—Bueno, pero no pienses en el dinero ahora —le aconsejó uno de los amigos—. Vamos a disfrutar de este momento.

Stephen aceptó la sugerencia y ya no dijo nada más. Se limitó a beber la segunda copa pensando en Mollie. Le esperaba un fin de semana muy largo.

2

Cuando la besó a su vuelta el domingo por la noche, supo que algo había cambiado en ella. Mollie tenía en la mirada un brillo bobo. Se mordía el labio inferior como si tratara de decirle algo, y vacilara. Stephen estaba comenzando a preocuparse.

Cuando se acomodó en el pequeño faetón, la mujer resopló.

—Podías haberme sujetado la capa.

Stephen la miró, aunque sin perder la atención sobre el camino empedrado.

—Estaba colocando la maleta —se excusó—, y siempre me reprochas que te mimo en exceso —la oyó suspirar de forma prolongada—. ¿Lo has pasado bien con tus padres?

Ella no respondió de inmediato. Se tomó su tiempo en hacerlo.

—No ha estado mal —contestó al fin—. Pero Mary Taylor sigue siendo una víbora como pocas.

Mary Taylor había sido su mejor amiga en el pasado, hasta que Mollie decidió dar un salto e irse a Halifax donde terminó instalándose de forma definitiva.

—Las personas cambian con el paso del tiempo —le dijo sin apartar los ojos del camino—, y quizás a Mary no le van bien las cosas.

Stephen pensaba en sí mismo, en lo mucho que habían cambiado sus circunstancias.

Mollie ya no contestó. Se limitó a guardar silencio mientras llegaban a Manor Ville, la pequeña propiedad que habían arrendado tiempo atrás. Stephen estaba pletórico pues no solo le había dado tiempo a pintar el salón, también había arreglado la puerta del armario.

Aparcó el pequeño faetón en la puerta. A pesar de que Manor Ville estaba situada en el campo, la casa no disponía de cuadra.

—Un día te van a robar el faetón —apuntó Mollie que no esperó a que él le abriera.

Cuando entró en la pequeña casa, soltó una maldición. Se giró hacia Stephen y lo miró con enfado.

—¿Morado? —preguntó—. ¿Has pintado el salón morado?

—Es tu color favorito —protestó él.

—¡Pero no para el salón! —se quejó la mujer.

Stephen miró las paredes recién pintadas con orgullo apaleado. El tono era bonito aunque lograba el efecto de que pareciera la estancia más pequeña.

—Lo cambiaré —le ofreció tratando de conformarla.

—Me voy a leer —le espetó de pronto—, estoy muy cansada.

—Pero florecilla... —no lo dejó terminar.

—No me llames así, lo detesto.

Stephen no la entendía. Era el apodo cariñoso de siempre. Algo había sucedido en Port Hodd para que Mollie estuviera tan cambiada. Solo se había marchado dos días, pero no parecía la misma. Ella abrió el bolso de mano y sacó un libro de tapa dura. Lo sujetó como si fuera oro en paño.

—¿No vas a cenar? —le preguntó él.

Nuevamente Mollie soltó un suspiro, esta vez entrecortado.

—Aquí tengo mi alimento —respondió señalando el libro.

Stephen se quedó pasmado, plantado en el salón, y más solo que la una, pero fiel a su naturaleza optimista, hizo un encogimiento de hombros, y llevó la maleta de ella al otro dormitorio. La casa era pequeña pero muy acogedora. La dejó con cuidado y se encaminó hacia la cocina. Descolgó el taburete plegado de la pared y separó el cuadrado de madera que hacía de mesa. Tanto los asientos como la madera estaban colgados de la única pared vacía de la cocina. Abrió la nevera y sacó los sándwiches que había preparado para ella. Sacó un plato del armario, un vaso que llenó de agua, y un tenedor. Feliz y sonriente se dispuso a cenar en solitario.



Algo no iba bien. Mollie se mostraba ausente, poco comunicativa, y apenas salía del lecho para hacer nada. Habían pasado cuatro días de cero comunicación entre ambos. Stephen estaba comenzando a preocuparse de verdad. Su pareja iba de un lado a otro de la casa con el dichoso libro en la mano. Leyendo sin parar y soltando suspiros entrecortados que le hacían arrugar el ceño. Ya no cenaban juntos, ni comían juntos, ni hacían el amor. Cada vez que se acostaba, ella fingía dormir, o se quejaba de dolor de cabeza. Stephen se dijo que así no podían seguir. Se armó de valor y la enfrentó el jueves a media tarde, cuando no se había levantado todavía.

Entró a la alcoba, y se sorprendió de verla untarse las tostadas de mermelada de fresa en la cama. Se le podía caer y manchar las sábanas.

—¿Qué te pasa, florecilla? Me tienes muy preocupado.

Mollie alzó la mirada y clavó sus ojos marrones en él.

—Estoy cansada de esta vida —Stephen iba a decir algo pero ella lo interrumpió—. Merezco algo mejor.

Ese había sido un golpe bajo.

—Estoy seguro que pronto encontraré un trabajo —le aseguró—. Un bufete de New Glasgow está valorando si me contrata.

Stephen se había pasado tres días recorriendo los diferentes bufetes en poblaciones más lejanas ofreciendo sus servicios como abogado, pero ninguno lo había aceptado.

—Esta casa, esta situación, me está consumiendo en vida.

Mollie no se había levantado de la cama. Stephen pensó que esos días de vacaciones le estaba sentado francamente mal. Estaba deseando que se reincorporara a su puesto de enfermera en el hospital, quizás así todo volvería a la normalidad.

—Ha sido la maldita casualidad, florecilla.

—Te he dicho que no me llames así —le reprochó.

—Algo te ha pasado en Port Hodd.

Mollie lo miró largamente. Era cierto pues su viaje a Port Hodd le había abierto los ojos. Era una mujer todavía joven, se merecía algo mucho mejor que un abogado en paro que además no le proporcionaba ni buen sexo, a tenor de lo que escuchaba de otras damas. Stephen era un hombre básico, sin gustos. Y últimamente lo consideraba zafio y vulgar. Lo miró como si lo viera por primera vez. Era alto, sí, pero su metro noventa no le producía cosquillas en el estómago pues andaba encorvado como si soportara sobre sus hombros todo el peso del mundo. Tenía una cara normal, con los ojos demasiado grandes. Miró la camisa abierta en dos botones por donde asomaba un vello castaño que le desagradó. Prefería los hombres que vestían capa, que llevaban bastón, y sobre todo con título...

Stephen se sintió observado como si fuera un cordero degollado en un mercado callejero.

Sintió un escalofrío que le recorrió la totalidad de la espalda.

—Necesito un hombre como éste —Mollie le señaló el libro que dormía con ella, comía con ella, y vivía con ella.

—Ahí no hay ningún hombre —le dijo seco—, solo palabras.

—Quiero un hombre como el protagonista de este libro —continuó ella sin inmutarse ante el escrutinio masculino—. Un hombre de verdad que sepa tratar a una mujer. —Stephen iba entrecerrando los párpados al mismo tiempo que sus ojos adquirían un brillo confuso—. Culto, refinado, y rico, muy rico.

Stephen dio un paso hacia adelante.

—¿Quieres decir que no te hago feliz? —ella lo miró seria—. No soy un hombre rico, pero te amo, y te he pedido varias veces que te cases conmigo.

Mollie resopló. Era cierto. Él, le había pedido varias veces que lo aceptara, pero algo le impedía hacerlo. Tras el viaje, había descubierto el motivo.

—En el pasado fui un poco feliz —aceptó a regañadientes—, pero han cambiado mis expectativas —la mirada de Stephen quemaba—. Ahora veo el acierto de no haber aceptado tu proposición. No deseo casarme contigo porque deseo encontrar a un hombre muy diferente a ti.

Mollie le señaló con la mirada el libro.

—¿De qué trata el libro? —le preguntó el hombre con cierta desconfianza.

Cuando Stephen hizo amago de cogerlo, Mollie se le adelantó.

—No es un libro para hombres como tú.

Con esa frase había picado todavía más su curiosidad.

—¿Un hombre como yo? —preguntó enojado porque ella lo hacía sentir inferior— ¿Qué has querido decir con eso?

Mollie negó con la cabeza al mismo tiempo que escondía el libro bajo las sábanas.

—Este libro representa el sueño de toda mujer —le dijo con aspereza—, pero eso tú no puedes entenderlo. —Stephen no comprendía, ¿podía un libro cambiar a una mujer hasta el punto de hacerle sentir a un hombre poco menos que un sapo?—. Gracias a este libro, se me han abierto los ojos, y he decidido dejarte.

Se quedó pasmado. Incapaz de comprenderla.

—¿Me dejas? —casi no le salía la voz de lo sorprendido que estaba.

Mollie soltó un improperio. El muy necio no había comprendido nada de lo que le había explicado.

—¡Necesito un señor Darcy en mi vida! —exclamó con ardor—. Un auténtico caballero.

Stephen la vio levantarse de la cama sin soltar el libro. Llevaba un camisón ligero y transparente.

—Vamos, Mollie, que ya te he dicho que pintaré de nuevo el salón.

Ella lo miró con pena. Plantado frente a ella tenía una mole que, sin ser feo, era el típico hombre sin sentido del humor; de los que abundaban en el mundo. Pero ella se había dado cuenta a tiempo, y podía rectificar.

¡Iba a hacerlo!

—El salón me importa una mierda —aclaró—, tu vida me importa menos que una mierda —machacó—, me voy, y no podrás hacer nada para impedirlo.

Stephen se quedó de piedra. La vio correr hacia el otro dormitorio y la siguió. Mollie comenzó a llenar una maleta con las prendas del armario. Y algo en el interior de él se rompió porque era la cuarta vez que veía guardar sus objetos personales con la intención de abandonarlo. Quiso decir

algo, pero supo que no serviría de nada. Se le hizo un nudo en la garganta. Le hormigueaban las manos.

—Vamos florecilla, piénsatelo al menos. ¡Que no he hecho nada malo!

Mollie optó por el silencio mientras seguía guardando prendas. Él, se sentía incapaz de dejarla sola.

—Es que no hace falta que lo hagas.

—¿Piensas irte andando? —le preguntó él.

—Pediré un carruaje de alquiler en la posada —le dijo ella poco después.

Pero él seguía plantado en el hueco de la puerta abierta sin perderse detalle y pensando en la forma más eficaz de convencerla. Quizás tendría que darle unos días para que meditara, para que se le pasara el enfado, o lo que fuera que sentía en ese momento. Stephen pensó que tras un tiempo a solas, Mollie recapacitaría y regresaría con él, siempre lo hacía.

—Puedo llevarte —se ofreció.

—Pediré un carruaje de alquiler —insistió ella.

—Florecilla, por favor...

3

Stephen no levantaba cabeza. Mollie se había marchado de verdad. Tras llevarse sus prendas de ropa por la tarde, había enviado un carruaje por la mañana para que se llevara el armario, sus artículos del dormitorio, y los enseres de cocina. Ahora por donde iba, Stephen veía a mujeres leyendo el maldito libro que ella le había enseñado. Sin importar donde fuera, todas las mujeres leían el susodicho libro; el causante que había terminado con su relación. Y observaba las sonrisas de bobas que se les quedaban a ellas mientras lo leían; los suspiros de placer insatisfecho... y las maldijo a todas. Ahora que no estaba Mollie y su sueldo de enfermera, ya no tenía con qué pagar el alquiler de la vivienda, por ese motivo estaba desesperado. Había dejado de asistir los viernes al club con sus amigos porque lo último que necesitaba era que se rieran de él, porque si ya era duro que la pareja de uno lo abandonara por otro hombre, que lo hiciera por un libro, era demencial.

Escuchó golpes en la puerta de Manor Ville, y pensó en no abrir, pero finalmente lo hizo y contempló a sus amigos que lo miraban expectantes, Darrell sostenía una botella de whisky frente a sus ojos.

—Sabemos que te ha dejado —soltó Darrell, así, sin aplicar la anestesia de la empatía.

Stephen se hizo a un lado, y les permitió el paso.

—Joder, debías decírnoslo —le dijo John sin dejar de mirarlo.

Tomaron asiento en el salón morado, y Darrell dejó la botella sobre la mesa.

—Este color provoca dolor de cabeza —dijo Charles mirando el color inusual de la pared—, pero me gusta.

Lo que le faltaba, pensó Stephen, que le recordaran su mal gusto con los colores.

Mientras sus amigos se acomodaban, se fue a la cocina a por tres vasos. Darrell abrió la botella y los llenó.

—Te echamos de menos el viernes pasado —le recriminó Darrell.

—No tenía ganas de salir —se excusó.

—Pues no es bueno que te encierres. Debes aceptar que estás mucho mejor sin esa furcia.

A pesar de que Mollie lo había abandonado, no le gustaba que hablara así de ella. Le parecía desleal.

—¿Cómo se llama el hombre? —preguntó John.

—¿Hombre? —inquirió Stephen sin comprender.

—El tío por el que te ha dejado esta vez.

«Estos son amigos, y lo demás son tonterías», refunfuñó para sí mismo.

—Mollie no me ha dejado por otro —respondió serio.

Darrell acababa de llenarle el vaso de nuevo.

—Todas nos dejan por otro hombre —contestó Charles con una sonrisa socarrona.

—O mujer —remató Darrell.

Stephen lo miró con atención. Era un hombre de mediana estatura. De poblada barba que ya encanecía y con el pelo alborotado. Lo llevaba demasiado largo.

—Aunque os suene increíble, Mollie no me ha dejado por otro hombre sino por un libro.

Se podría haber reído al ver las caras de sus amigos si el asunto no le escociera tanto.

—Mira que eres ingenuo —farfallo Darrell mientras se limpiaba la espuma del bigote—. Encima de furcia, mentirosa.

—Me dijo antes de marcharse que quiere en su vida un hombre culto, rico, y noble —confesó al fin.

—¡Ese soy yo! —exclamó Charles.

Darrell lo miró con una ceja alzada.

—El restaurante puede generarte buenos ingresos, pero no tienes título nobiliario.

—No se abandona a un hombre por un libro —expresó John con un tono que evidenciaba que no se creía la explicación de su amigo.

—Pero es la verdad. Se trajo de Port Hodd un libro, y unos días después me abandonó.

El parpadeo al unísono de Charles y Darrell resultaba cómico.

—Pensaba que era una excusa —continuó Stephen—, todavía sigo pensándolo, y me duele su abandono porque no lo entiendo.

Darrell y Charles se miraron incrédulos antes de estallar en carcajadas.

—¡Joder, no tiene gracia! —se quejó Stephen que no compartía la risa de los dos.

Se llenó otro vaso de whisky y se lo bebió de un trago.

—Es que eres crédulo hasta decir basta —le dio Darrell sin dejar de carcajear.

—Que no me ha abandonado por otro tío —les dijo Stephen—, me ha dejado por el protagonista de un libro —insistió.

—¿Cómo se titula? —quiso saber Charles.

—Que no lo sé...

—Lo menos que podías hacer era interesarte por el hombre ficticio por el que te ha dejado poppy... —fue decirlo, y Darrell estalló de nuevo en carcajadas.

—¡Que ya está bien, hombre! —se enfadó Stephen—. Que no tengo por qué soportar vuestras insolencias.

Se puso serio. Darrell lo imitó poco después pero con los ojos llenos de lágrimas de contener la risa.

—Ahora que ya estamos a tono —dijo Darrell—, vamos a decirte el trabajo que hemos encontrado para ti.

Stephen sintió que se le hinchaba el pecho por la expectativa.

—¿Habéis encontrado un trabajo para mí? —preguntó emocionado.

Darrell le pasó una dirección escrita en un papel. Stephen lo cogió rápido.

—En ese trabajo no te van a decir que no —Stephen seguía esperando que se explicaran—. Es un trabajo de acompañante.

Stephen soltó una blasfemia.



Estaba cansado de negativas, de dar cabezazos contra la pared, de tocar puertas que no se abrían. Estaba harto de todo, incluso de la soledad, y sobre todo de las mujeres veleta. Stephen miró el mar azul con expresión desengañada. Hacía un día de verano precioso, pero él sentía en su interior que una borrasca se cernía y lo envolvía por completo. Cada día que pasaba se convencía de que todo era una porquería. Se sentó en un banco, siguió mirando el horizonte, y perdido en pensamientos deprimentes. No le quedaba un solo rincón donde no hubiera dejado sus datos e informes. El casero de Manor Ville le reclamaba dos meses de renta. En la tienda ya no le fiaban,

y se había comido todos los tarros de conserva que tenía en la despensa.

Suspiró con fuerza, y desvió los ojos del mar hacia la derecha del banco. Vio el periódico doblado y lo cogió para hojear el interior. La portada tenía grandes titulares sobre política, pero a él no le interesaba la política del país. Fue pasando las hojas para buscar las posibles ofertas de empleo. Las leyó una a una y se descorazonó todavía más. Siguió leyendo pero no había nada para él.



Cuando el viernes por la noche apareció en el club Truro, los tres amigos lo miraron con sorpresa.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Darrell.

Stephen pensó que era una pregunta estúpida.

—Tomarme una copa con los amigos como cada viernes.

—¡Vaya! —respondió Charles al mismo tiempo que le colocaba un vaso en la mano—. Pensábamos que te habías marchado a Saint John.

Había estado a punto, pero un golpe de suerte lo había cambiado todo.

—Tengo trabajo.

—¡Al fin! —exclamaron los tres al mismo tiempo.

—¿Qué trabajo? —quiso saber Charles.

—Asesorar a un grupo de viudas —los dejó pasmados y con la boca abierta—. Es hasta que encuentre algo mejor.

—¡Ahhh!

A Stephen no le hizo ni pizca de gracia la mirada de sus amigos.

—Quieren formar una fundación para ayudar a mujeres que han quedado desvalidas, y necesitan asesoramiento legal —les explicó.

—¿Mujeres desvalidas? —preguntó Darrell.

Stephen asintió en silencio.

—Trabajo en ello desde el miércoles.

—¡Ahhh! —volvieron a exclamar.

—¿Y te pagarán mucho? —se interesó Charles.

—Todavía no lo sé, aunque las conversaciones acaban de comenzar —les explicó.

—Tómame otro trago —le dijo Charles al mismo tiempo que le llenaba la copa.

—¿Son interesantes? —preguntó Charles.

—El qué.

—Las conversaciones que mantienes con esas mujeres.

—No.

—¿Por qué?

—Porque se enzarzan en discusiones, y no llegamos a ningún acuerdo.

Charles y Darrell, se miraron entendiendo. Como si la casualidad quisiera corroborar la explicación de Stephen, una mujer de edad avanzada cruzó uno de los salones de Truro y caminó directamente hacia él. El club era para caballeros, pero aceptaban la presencia de alguna dama si tenía un mensaje urgente que transmitir a alguno de los hombres presentes.

Él, se puso de pie, y la saludó contestemente.

—Señora Harrelson —la saludó haciéndole la venia, y besándola en la mano.

—Caballeros —los saludó la anciana.

Durante algunos segundos se escuchó solo silencio.

—Hemos cambiado el día y la hora de la próxima reunión —le informó la mujer—. Como pasaba muy cerca de Truro, y recordé que nos dijo que esta tarde se encontraría aquí, me decidí a buscarlo para decírselo.

Los amigos estaban asombrados mirando a la pequeña mujer que vestía con ropas muy caras. Las perlas que llevaba al cuello debían valer una pequeña fortuna.

—¿Qué día se celebrará la próxima reunión? —preguntó Stephen a continuación.

—La hemos cambiado al martes por la noche, y será en mi casa de St. Martins.

Y durante los siguientes minutos, los amigos escucharon las órdenes que le daba la mujer a Stephen para que encontrara la casa sin dificultad. Estaba situada frente a la Bahía de Fundy.

—Allí estaré —le dijo sin apartar la mirada de la mujer—. Y llevaré el contrato ya redactado.

La mujer le hizo alguna sugerencia para incluir, y que debatirían en la reunión. Stephen mantuvo silencio durante unos momentos. Cuando la mujer hubo concluido su mensaje, se despidió de todos, y se marchó.

Los tres amigos lo miraban con la sorpresa pintada en los rostros.

—¿Qué..? —les preguntó Stephen.

—¿Conoces que esa mujer es la vizcondesa viuda de St. Martins? —le preguntó Charles.

—No, no lo sabía —respondió, y lamentó no haberla llamado entonces con el título que le pertenecía—. Pero si es vizcondesa, entonces me pagará puntualmente.

Las miradas de sus amigos le provocaron una cierta incomodidad.

—Me alegro de que hayas encontrado un trabajo —afirmó Charles.

Y en el club se sucedió un silencio bastante largo.

—¿Y son muchas las mujeres en la fundación? —preguntó Darrell rompiendo la quietud del momento.

Stephen negó con la cabeza al mismo tiempo que apuraba el resto de su bebida.

—De momento solo cuatro mujeres.

—¿Todas nobles? —quiso saber Darrell.

—¿Por qué lo preguntas? —inquirió él.

—Porque gracias a esas viudas tu vida puede dar un giro de ciento ochenta grados —fue la explicación de Charles.

Stephen miró hacia otro lado bastante incómodo.

—No sé a qué te refieres.

—No te costaría nada seducir a alguna de ellas.

Stephen carraspeó.

—Imagino que estáis de broma —respondió.

—Tu vida estaría resuelta, incluso es posible que puedan presentarte a una sobrina o hija, ¿no te das cuenta de lo afortunado que eres? —preguntaron a la vez—. Puedes entrar en un círculo cerrado para el resto de los mortales.

—Me estáis haciendo perder la paciencia.

Contestó Stephen que comenzaba a cansarse.

—¡Stephen! —exclamó Charles.

—¡Abre los ojos! —exclamó John.

—¡Que es la oportunidad de tu vida! —exclamó Darrell.

—Que me dejéis en paz, diantres —se quejó Stephen—. Que este trabajo es algo puntual.

Entre los amigos se sucedió un silencio bastante significativo.

—Hay que cambiar de estrategia —dijo Charles convencido—. Gracias a esas mujeres vas a entrar en un mundo muy diferente, el de la nobleza —insistió.

—Me cambiaría por ti ahora mismo —apuntó John muy serio.

—Es la oportunidad de tu vida —medio Charles.

—Que solo voy a asesorarlas en temas legales —respondió enfadado.

Stephen había encontrado ese trabajo de puro milagro, y no pensaba estropearlo porque sus amigos pensarán que era una forma de medrar socialmente.

—Ya veremos si solo las asesoras...

Cuando unos días después Charles y Darrell lo llevaron a la biblioteca de Halifax, Stephen ignoraba el motivo. Se dirigieron a la bibliotecaria que debía de tener más años que alguno de los volúmenes que había allí.

—Disculpe, señora.

La mujer dejó de mirar una guía y se ajustó las gafas al puente de la nariz. Los miró con desconfianza. Normalmente los hombres no eran dados a entrar en una biblioteca sino a algún club exclusivo para ellos de los muchos que había en la ciudad.

—Buscamos un libro —dijo Charles.

La bibliotecaria entrecerró los ojos.

—Dígame título y autor.

Stephen encogió los hombros.

—Es un libro que le gusta leer a las damas.

Lo dijo con cierta vergüenza.

—Si no me da más datos no puedo orientarles —fue su respuesta.

—El protagonista se llama señor Darcy —dijo Stephen recordando el nombre que le había dado Mollie.

Le había restregado por la cara que necesitaba un señor Darcy en su vida. Jamás iba a olvidar ese nombre.

—¡Es un nombre ridículo! —exclamó Charles.

—Por favor, guarden silencio —les ordenó la bibliotecaria—. No se puede hablar en voz alta ni gritar.

—Disculpe... —se excusó Charles.

—Busquen en aquella sección si buscan un libro para mujeres.

—¿Allí o allí? —preguntó Charles.

La mujer soltó un suspiro de impaciencia.

—Siganme —ellos lo hicieron solícitos—. Aquí tienen la sección de novela escrita por y para mujeres. Si deciden llevarse algún libro y no tienen ficha, tendrán que crearse una.

Segundos después la mujer los dejó a solas. Había tantos libros que Stephen se descorazonó.

—Será imposible encontrarlo sin saber el título o el autor.

La gran sala estaba vacía salvo por una muchacha joven. A Stephen le pareció que los estudiaba, y se dirigió directamente hacia ella.

—Disculpe —la interrumpió.

—¡Shiss! —se escuchó desde el mostrador donde estaba la bibliotecaria.

—Estamos buscando un libro —la muchacha parpadeó y un segundo después sonrió—. Solo sé que el protagonista se llama señor Darcy —le dijo Stephen.

—¡Ah! —exclamó ella en voz baja—. ¿Busca al famoso señor Darcy? —la muchacha no esperó una respuesta.

Se levantó despacio y caminó hacia lugar donde estaban los dos amigos esperando. Stephen la siguió, y la observó buscar entre varios volúmenes, sacó uno.

—Aquí lo tiene —la sonrisa de la joven lo incomodó—. Es todo un detalle que quiera leerlo

—le dijo ella.

Stephen sujetó el libro que la muchacha les tendía. Leyó el título; Orgullo y prejuicio de la autora Jane Austen.

—Gracias señorita por su ayuda.

Los tres amigos tomaron asiento y se dedicaron a pasar hojas y hojas durante los siguientes minutos.

—No tiene ningún dibujo —apuntó Darrell con fastidio.

—Porque es un libro, y los libros están llenos de letras —respondió Stephen.

—Pues yo esperaba otra cosa.

—Shisss —se volvió a escuchar de nuevo al fondo.

Darrell hizo algo inaudito. Tomó una pluma y una hoja en blanco del mostrador, y se dispuso a copiar cada título de la sección femenina. Mientras, Stephen leía en silencio las primeras líneas.

Finalizaron la visita a la biblioteca, y llevándose el libro en cuestión cuando hubieron rellenado la ficha de inscripción, siguiendo al pie de la letra las indicaciones de la bibliotecaria.

Stephen se pasó toda la tarde y parte de la siguiente en Manor Ville analizando el material que había sacado prestado de la biblioteca.

Cuando se reunió de nuevo en Truro, su ánimo había caído por completo.



—Tienes mala cara —se interesó Charles dejando la copa vacía sobre la mesa.

—No es para menos —sentenció Darrell que ya daba el primer sorbo a su copa de whisky.

Stephen estaba muy pensativo. Había leído el libro hasta la última letra.

—Qué las mujeres se vuelvan locas por ese personaje ficticio, escapa a mi comprensión, lo juro —apuntó Stephen sin dejar de mirar un punto indeterminado de la sala del club.

—¿Es un libro que les sube la lujuria? —preguntó Charles.

—No —contestó Stephen—, pero ahora tengo una idea de lo que trató de decirme Mollie.

Tanto Charles como Darrell miraron a Stephen con ojos entrecerrados.

—¿Qué has descubierto? —preguntó Charles—, yo he leído cuatro capítulos, y no he sido capaz de continuar.

—¿Tan malo es? —quiso saber John.

—Es una novela en la que los dos protagonistas principales, Bennet y Darcy, deben madurar para superar algunas crisis y aprender de sus errores para poder encarar el futuro en común, superando el orgullo de clase del señor Darcy, y los prejuicios de ella hacia él.

Darrell, Charles y John, lo miraron atónitos.

—¿Y ya está? —preguntó Charles.

—Me pareció una historia aburrida, vacía, hueca... no entiendo a las mujeres que solo piensan en casarse y con un buen partido, ya sabéis, riqueza y título, como si ellas no valieran nada —siguió diciendo Stephen—. La codicia y el dinero son la base de esa obra, un tema que llegó a desesperarme mientras leía.

—Entonces no dice nada nuevo —apuntó Charles—. Desde que el mundo es mundo las mujeres solo quieren casarse por dinero y posición.

—Que Mollie me haya dejado por eso... —en la voz de Stephen podía apreciarse la amargura—. Mientras lo leía esperaba ver menos sensiblería, más inteligencia, pero fue una completa desilusión.

—Un libro acertado para mujeres de cabeza hueca —respondió Darrell haciendo un encogimiento de hombros.

A Stephen le había parecido muy revelador leer pensamientos tan críticos de la escritora hacia una sociedad patriarcal. El libro se había publicado por primera vez en 1813, pero las ambiciones de las mujeres no habían variado lo más mínimo en un siglo.

—Mollie usó el libro como excusa para dejarte —le dijo John muy serio.

Esas palabras hicieron pensar a Stephen que su amigo podía tener razón. Él, le había propuesto matrimonio a Mollie hasta en tres ocasiones, y ella siempre lo había rechazado. Ahora creía entender el motivo; no lo amaba lo suficiente, en realidad, nunca lo había amado.

—Ahora estoy convencido de que Mollie nunca me quiso —les dijo.

—Nosotros ya te habíamos advertido que no era mujer para ti —le dijo Darrell.

Stephen estuvo a punto de soltar una carcajada aunque se contuvo a tiempo.

—Miradnos —les dijo a los tres—. Nunca estaremos a la altura de ninguna mujer pues ni somos nobles, ni poseemos vastas fortunas que... —John lo interrumpió.

—Me niego a creer que todas sean unas zorras manipuladoras—contestó muy serio.

—Ya os digo yo que todas son unas arpías ambiciosas —apuntilló Charles.

Stephen seguía pensativo. Él, no era noble, ni tenía una gran fortuna, pero se consideraba una buena persona. ¿Para las mujeres no era suficiente? Entendía la preocupación de ellas por tener un futuro asegurado, pero la vida era mucho más que posesiones materiales.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Darrell.

Stephen no supo qué le preguntaba.

—Ayudar a esas viudas en la creación de su fundación, y después creo que montaré mi propio bufete.

A los amigos se les iluminaron los rostros.

—Esas ancianas viudas pueden ser tu trampolín para entrar de lleno en la alta sociedad de Halifax—dijo John sin un parpadeo.

—¡Exacto! —exclamaron Charles y Darrell al mismo tiempo.

—Ya lo había valorado —les explicó Stephen—. Si logro que queden satisfechas con mis servicios, pueden recomendarme a otros nobles.

Ese era el quid de la cuestión, pensaron los tres amigos. Stephen había metido un pie en la aristocracia de la ciudad, y debía mantenerse dentro.

—¿Y estás preparado para montar tu propio bufete?

Preguntó Charles.

—Sí, lo estoy —respondió Stephen.

—Ahí lo tienes —apostó Darrell—. Stephen solo necesitaba un pequeño empujoncito.

Charles continuó la diatriba.

—Y cuando comiences a ganar pleitos para los ricachones...

Stephen lo interrumpió.

—No apresuremos acontecimientos.

—Esas viudas son lo mejor que podía sucederte —le dijo Darrell—. Ellas son la puerta a un mundo que puede hacerte muy rico —continuó—. Las damas de la nobleza son muy curiosas, y cuando esas ancianitas comiencen a pronunciar tu nombre en diferentes fiestas y eventos, te lloverán las ofertas y comenzarás a acumular trabajos muy importantes.

Stephen se dijo que podría funcionar siempre y cuando él ganara cada pleito que presentara.

Charles miró a Stephen con un interrogante en los ojos.

—¿Te vas a echar atrás?

Stephen se dijo que le había leído el pensamiento. Y por eso hizo un encogimiento de hombros bastante significativo.

—Es una oportunidad, y no puedo desaprovecharla —argumentó desesperado—, y debo ser capaz de hacer lo imposible para conseguirlo.

Los cuatro amigos siguieron bebiendo y debatiendo sobre el futuro nombre del bufete.



Tras la creación de la Fundación Meryton, no quedó un rincón en Nueva Escocia donde no se escuchara el nombre de Stephen McNiall. La fundación había ayudado a una viuda con dos hijas que habían quedado desamparadas. Tras la muerte de lord Malory, un primo de las muchachas lo había heredado todo debido a que la propiedad formaba parte de un mayorazgo del que el primo era el único beneficiario al transmitirse por linaje masculino, pero la presión de la Fundación Meryton había logrado que el primo renunciara a la propiedad principal en beneficio de su tía viuda, y de sus dos primas.

Tras ese gran éxito, otras viudas desamparadas acudieron a la Fundación Maryton para obtener asesoramiento.

El siguiente viernes volvió a reunirse con los amigos en el club Truro. Los tres amigos lo esperaban como de costumbre, y, cuando se bebió el primer trago de whisky no pudo contener un gemido de placer. El día había sido en verdad estresante, no finalizaba una reunión cuando tenía que asistir a otra.

John, Darrell, y Charles, lo miraban expectantes. Stephen dejó la copa de whisky sobre la mesa de madera.

—¿Qué? —preguntó incómodo.

Sus amigos le hacían sentir un bicho raro.

—Que nos cuentes —lo apremiaron.

Stephen suspiró cansado.

—No hay nada que contar —les dijo mientras saludaba con fría cortesía a un lord.

—¿No te ha llamado ninguna viuda ricachona con el propósito de que le calientes el lecho? —preguntó Charles.

—No, y no hables así de ellas —le pidió.

—¿Por qué? —reafirmó Charles—. Son viudas con más dinero del que tú y yo podemos reunir.

Stephen se atragantó.

—¿Hablarías así si fuese a la inversa? —preguntó Stephen—. ¿Si la fundación la hubieran organizado hombres?

Charles ni se lo pensó.

—Esos serían caballeros.

Charles estalló en carcajadas a las que se sumó las de Darrell, y de pronto el mayordomo del club le pasó una nota a Stephen, entre los amigos se sucedió un silencio.

—Vuelvo en un momento —ninguno pudo saber qué decía la nota, y se sorprendieron de ver que Stephen los dejaba a solas durante unos minutos.

—Stephen no es el mismo —dijo Darrell pensativo.

—¿No lo estarías vosotros si la vida os hubiera golpeado tan fieramente como a él? —ninguno de los otros dos amigos fueron capaces de responder la pregunta—. Yo al menos estoy feliz de ver que comienza a levantar cabeza.

—La culpa de todo la tiene Mollie —contestó John.

Las cejas de Charles se arquearon con impaciencia.

—¿Y nosotros lo hemos tenido más fácil? —les preguntó a continuación con voz ronca—, porque cada uno de nosotros ha tenido una situación complicada.

Darrell aplaudió en silencio.

Stephen regresó, y sonrió al mirar la cara de sus amigos, parecía que eran ellos los que estaban esperando buenas noticias.

—Tengo más trabajo —dijo Stephen de pronto.

Los tres resoplaron con nerviosismo.

—De verdad que me alegro mucho.

respondió Darrell.

—¿Más asociaciones femeninas? —le preguntó John.

—Algo parecido —se justificó él—. Un testamento poco claro de una dama que ha enviudado recientemente, el sobrino de su esposo fallecido le reclama la herencia.

—Tienes la oportunidad de tu vida —le aconsejó Charles—. De demostrarles que eres el mejor abogado de Nueva Escocia.

Stephen se quedó un momento pensativo.

—La oportunidad de mi vida no ha llegado todavía, pero llegará —le dijo con sorna.

Los vasos de whisky seguían a medias sobre la mesa. Segundos después Darrell soltó una carcajada. Stephen lo miró con las cejas arqueadas.

—¿Te provoca humor mi afirmación? —preguntó de pronto—. Pues me alegro porque he decidido no lamentarme más por el pasado, y pienso disfrutar el presente con los trabajos que vayan viniendo.

—Es que estoy pensando en todas esas viudas con más libras que perlas en sus collares, y lo que me cambiaría por ti para... —no continuó.

Stephen se tapó la boca para ahogar una carcajada. Darrell no podía estar pensando en lo que él creía que estaba pensando.

—Tus palabras me dan que pensar —respondió Stephen.

—A mí me dejan sin aliento —contestó John que había hecho una pausa intencionada.

La conversación entre los amigos se había cortado bruscamente.

—Yo me casaría con una de esas viudas —apuntó John de pronto.

Darrell parpadeó porque no se explicaba por qué había dicho eso.

—¿Te casarías con una viuda de esas por su dinero? —le preguntó.

John entrecerró los ojos.

—¿Acaso no hacen ellas eso mismo desde que el mundo es mundo?

Stephen y Charles pensaban en esa pregunta porque era cierta.

—No hay quién entienda a las mujeres —soltó Charles.

A Charles se le iluminó la bombilla.

—¿Os habéis leído el dichoso libro? —les preguntó Stephen—, porque es la mejor forma de saber qué buscan las mujeres, qué quieren, y hasta dónde están dispuestas a llegar para conseguir un buen partido.

Los tres seguían en silencio. A ninguno se le había pasado por la cabeza leerlo para tratar de comprenderlas.

—Porque es una tortura leerlo —afirmó mientras le señalaba a Charles su vaso vacío—, pero puede ser muy instructivo —concluyó Stephen.

—Pero si las mujeres esperan encontrarse a un hombre parecido a lo que han leído en el libro de marras, ¿qué haremos el resto de los mortales que no tenemos fortuna propia ni un título heredado —la pregunta de Charles no precisaba respuesta.

—Estoy convencido que muchas mujeres no buscan ni fortuna ni título, solo un hombre que las quiera de verdad —respondió Stephen, pero con voz baja.

—Pues yo reitero que me casaría con una de ellas por su fortuna.

Stephen abrió la boca con sorpresa, que su amigo estuviera dispuesta a hacer un sacrificio así mostraba lo que opinaba del matrimonio y de las mujeres. Stephen respiró de forma profunda y contestó serenamente.

—Hay mujeres sensatas como hay hombres sensatos —estuvo unos segundos en silencio—. O la humanidad no tendría remedio —los tres amigos seguían atentamente su conversación—. Es cierto que un porcentaje elevado de ellas buscan fortuna y título —los amigos no se atrevían ni a

moverse—. Pero las mueve el poco control sobre ellas mismas que tienen —Charles le hacía gestos negativos con la cabeza—. No son dueñas de sus fortunas aunque las tengan, y pasan del control del esposo al de los hijos cuando los tienen.

—Es la ley de vida —apuntó Darrell.

Stephen cruzó una pierna sobre la otra.

—Pues tendríamos que luchar para cambiar eso.

Los tres amigos se quedaron pasmados.

—¿Pero te estás oyendo? —le preguntó Charles.

Stephen estaba aprendiendo mucho de las injusticias que sufrían muchas de esas mujeres por la ley.

—Imagina Darrell que tienes una hija —Stephen lo miró—. Que se casa, que tiene otra hija...

Darrell lo interrumpió.

—¿A dónde quieres ir a parar?

—Shediac, tu hermosa cuadra de sementales, pasará a manos de su esposo cuando tú faltes —le dijo—. Y si tu yerno decide venderlas porque no desea hacerse cargo de ellas, tu hija, tu heredera, no tendrá derecho a decir nada.

—Le cortarían los huevos si fuera cierto—respondió Darrell ofendido—. Pero ni estoy casado ni creo que lo esté en el futuro a tenor de cómo andan las damiselas de Halifax.

—Y tú lo mismo —le dijo a Charles—. Tu bonito y trabajado Restaurante Dufferin jamás sería propiedad exclusiva de tu hija, su esposo, tu yerno, tendría el privilegio de hacer lo que quisiera.

Los tres amigos se quedaron pensativos.

—¿Tú estarías a favor de que votaran? ¿De que participaran en la elaboración de leyes? —preguntó John estupefacto.

—Hablo del derecho a la propiedad —se justificó Stephen—. La fundación a la que presto mis servicios pretende rebelarse contra las leyes que les niegan el derecho a la propiedad una vez casadas. Con la doctrina de la *cobertura*, los maridos se arrogan el control sobre los bienes y salarios de sus esposas.

—Es la ley —afirmó John.

—Pues hay que cambiar la ley...

6

Si Kelly hubiera sido una muchacha sencilla, si no fuera hija de conde, y viviera con su madre, ahora no tendría que enfrentarse a su padre por su compromiso. Ella detestaba a lord Dashwood, pero el compromiso entre ambos se había pactado cuando ella era una niña.

En ese momento, su padre el conde le recordaba que no tenía decisión al respecto, y que tenía que obedecerle.

Luka Dashwood era veinte años mayor que ella, y Kelly lo detestaba porque ella se consideraba una mujer con opiniones propias, con una lengua afilada, y que había soñado siempre con casarse por amor. No tenía miedo a enfrentarse a la soltería en caso de no conseguirlo, pero el compromiso con Luka Dashwood era un hecho casi consumado aunque ella no lo deseara. Sobre todo porque el hombre en cuestión le repugnaba. No soportaba su aliento fétido ni sus manos húmedas. Todo en él le provocaba un inmenso rechazo.

Pero su padre le decía que tenía que mostrar obediencia, ser sumisa, y acatar las decisiones que su futuro esposo tomaría en nombre de ella, a lo cual Kelly se rebelaba porque, lejos de parecerse al resto de muchachas de su entorno social, que se mostraban superficiales, ignorantes e incluso pueriles, Kelly era inteligente, racional, y muy romántica, pero también inconformista. Una muchacha que siempre veía lo mejor de la gente, y siempre había ignorado las intenciones malévolas de los demás, pero la última decisión de su padre de adelantar la boda, había creado una discusión entre ambos que había hecho temblar los muros de la mansión Shannon Abbey.

Su padre, el conde, le había dejado claro que no podía negarse al matrimonio, ni le permitiría tomar los hábitos, pero ella conocía un medio para lograr su fin; la ruptura del compromiso, y lo lograría entregándose a otro. Sacrificaría su virginidad y su buen nombre con tal de deshacerse de Luka Dashwood.

Kelly suspiró impotente. Su mejor amiga, Sophie Boyle, estaba organizando una fiesta en la mansión Summers donde solían acudir caballeros de bajo linaje. Hombres con los que ella jamás tendría trato alguno, y donde podría elegir al candidato apropiado.

Estaba decidida, si su padre creía que ella iba a someterse a Luka Dashwood, estaba muy equivocado.



Ese viernes celebraban el enorme éxito que estaba teniendo Stephen en el trabajo como abogado y asesor jurídico de la fundación Meryton. Había dejado claro a las viudas que los viernes no atendería ningún mensaje, ni prepararía ninguna reunión. Ese tiempo quería pasarlo de forma tranquila en el club con sus amigos. Los invitó a todos a una ronda de bebidas, y las risas y bromas no se hicieron esperar.

—Por el abogado más famoso de todos —brindó Darrell que se alegraba de veras del éxito de su amigo.

Los cuatro chocaron los vasos de whisky, y se bebieron el contenido casi de un trago. El comienzo del mes de agosto estaba resultando más húmedo de lo que se esperaba.

—¿Cuánto has ganado en estas dos semanas? —le preguntó Charles realmente interesado.

—Algo más de doscientas libras —respondió.

El amigo chasqueó la lengua.

—Con eso no tienes ni para pagar la renta de Manor Ville.

Eso no era cierto porque la pequeña y vieja vivienda tenía una renta antigua. Stephen solo pagaba cien libras al mes por el alquiler.

—¿Has pintado ya el salón? —quiso saber Darrell.

Quería que Stephen desterrara a Mollie de su vida, y, cambiando el color del salón, era una forma de comenzar a hacerlo.

—No he tenido tiempo. —Los tres amigos se quedaron parados al escucharlo—. Además de llevar los asuntos legales de la fundación, hago trabajos esporádicos a viudas desamparadas.

—Parece que está cambiando tu suerte —dijo Charles que en esa ocasión no bebía whisky como ellos sino brandy.

—¿Podéis creerlo que se me insinuó? —les confesó Stephen algo turbado.

Los tres amigos lo miraron boquiabiertos.

—¿Y te dejaste seducir? —soltó uno mientras los otros reían.

Stephen chasqueó la lengua.

—No tiene gracia —le respondió—. Soy un profesional serio.

—Que puede y debe dejarse seducir por la flor y nata de la sociedad de Halifax —las palabras de Darrell no se las esperaba.

La expresión de Stephen resultó demasiado elocuente para los amigos.

—¡No me digas que sigues esperando que aparezca Mollie! —exclamó Darrell mientras lanzaba un largo y profundo silbido.

Stephen se sintió un poco mortificado porque ignoraba que fuera un libro abierto para ellos.

—Que la quiero, de verdad —confesó en voz baja.

—Este ingenuo no tiene arreglo —espetó John mirando a la pared, porque si miraba a Stephen se sentía capaz de golpearlo.

—Si vais a seguir así, me marchó —les advirtió.

—¡No puedo creerlo! —bramó Charles—. Dios hizo al hombre y descanso, pero luego hizo a la mujer y ya no hubo Dios que descansara. ¿No recuerdas el dicho?

—Que no te quiere Stephen, que ya no va a volver contigo —le repitió Darrell hasta la saciedad.

—¡Suficiente! Que os ponéis pesados hasta decir basta —les recriminó con dureza y utilizando el único vocabulario que entendían.

—¡Despierta! —lo abofeteó Darrell en las mejillas aunque sin fuerza—. Que seguro que Mollie ha encontrado a otro galán con más libras que tú.

Que le echara en cara sus propias palabras lo puso de mal humor.

—No te atormentes —le dijo Charles—, por una mujer como esa no vale la pena perder un solo segundo de tu pensamiento.

—Pero es que la quiero —repitió cansado—. Y confío que volverá conmigo cuando se le pase el capricho.

—Anda, como la tonta orgullosa del libro ese —dijo Charles.

Tanto Stephen, como Darrell, y John, lo miraron sorprendidos.

—¿Qué pasa? —les preguntó desafiante.

—¿Te has leído ese libro de la soberbia y monomanía? —inquirió Darrell.

Charles se sonrojó por primera vez en su vida.

—Orgullo y prejuicio —lo corrigió Stephen.

—Vamos a ver —les aclaró John—, y que conste que personalmente lo considero una pérdida de tiempo.

—¿Y desde cuándo consideras que leer es una pérdida de tiempo? —la pregunta de Stephen lo molestó.

—Ya habló el finolis —se burló Charles.

De los cuatro amigos, Stephen era el que más había leído por su madre y sus creencias religiosas, y que no hablaba tan soez como el resto cuando se encontraba con gente culta, pero Stephen se dijo que no se merecía que se burlaran de él.

—Llevo el libro en el carruaje para que lo vean las damiselas —se justificó John.

—¡Ahhh! —exclamaron los otros comprendiendo.

—Comenzamos conversando sobre lo que me ha parecido su lectura como hombre, hablamos de la sensibilidad del protagonista al ser rechazado.

—¿Sensibilidad? —preguntó Stephen interesado.

Charles respondió rápido.

—Hago como que me pongo en el lugar de ella y...

—¡Vale! —exclamó Darrell hastiado—, que no me interesa lo más mínimo ese libro.

—¿De verdad hablas del señor Darcy con las clientas que llevas en el carruaje? —Charles estaba perplejo.

—Me hace parecer más culto —confesó John algo cohibido.

Stephen, Darrell y Charles lo miraron perplejos.

—¿Y se lo creen? —preguntó Darrell incrédulo.

—Ellas se creen lo que dice un libro —se defendió.

—Eso es porque retrata de forma muy explícita la fantasía de la mayoría de mujeres de nuestra sociedad —apuntó Darrell.

—Yo no metería a todas las mujeres en esa conclusión —las defendió Stephen mientras le pedía a Charles un whisky.

El otro lo miró fijamente.

—El libro retrata a un noble esquivo, seductor, atrayente, y que derrocha perfectamente la libras sin inmutarse, y que cambia por amor —contestó Charles, entre los amigos se sucedió un silencio—. ¿Y no es ese el sueño de toda mujer, cambiarnos? —les preguntó.

—Así que te has leído el libro —lo acusó Stephen, pero con una sonrisa.

Se dijo que sus amigos estaban llenos de sorpresas.

—Seríamos unos estúpidos si no aprovecháramos esa información para saber lo que buscan las mujeres de nosotros, y para actuar en consecuencia.

Stephen se quedó pensativo.

—Riqueza y posición —señaló John.

Los amigos se dijeron que se lucía con sus conclusiones, como siempre.

—Yo no soy tan insensato como para meter a todas las mujeres en el mismo grupo de mujeres ansiosas por títulos y libras —siguió defendiéndolas Stephen.

—Míralo —les dijo John a Charles y Darrell—. Se cree con el único con derecho a opinar sobre las mujeres.

—No es eso —trató de tranquilizarlos—. Es solo que no creo que todas las mujeres busquen comodidad en la vida.

—Que sí, que sí, —repitió Darrell—, que eso es lo que buscan todas.

Stephen pensó en su madre, en sus años de sacrificio y entrega, en la buena persona que había

sido. En lo culta y elegante que se había mostrado durante toda su vida.

—Mi madre no era así —siguió argumentando—. No era una buscavidas.

—Tu madre pertenecía a otra clase de mujeres —respondió Darrell—, pero muchas otras son unas arpías rencorosas de mucho cuidado.

—Os estáis pasando —les regañó Stephen—. Si habláis así le faltáis el respeto a todas las madres.

—Tu madre era una mujer muy pía —le recordó Darrell.

Y la conversación derivó en temas religiosos y atacaron a John que se puso a la defensiva porque confesó que leía a Karl Marx.



Stephen estaba feliz porque un pequeño bufete de abogados lo había contratado durante tres días para resolver los problemas de una demanda; un huésped no estaba conforme con el trato, y había decidido poner una denuncia. Durante la semana ofrecía consejos de forma gratuita a las ancianas de la comunidad con la finalidad de que estas extendieran la noticia de su buen hacer a otras vecinas.

Para Stephen resultó toda una sorpresa que lo llamaran con exclusividad un colectivo religioso que deseaban comprar una propiedad para construir una iglesia. Ya no era un hombre desesperado, cada día que pasaba aumentaban sus posibilidades de poder montar su propio bufete.

Pero seguía sin tener noticias de Mollie, y la extrañaba muchísimo. Añoraba su perfume, su mal humor. Sus faldas sin enaguas, y sus ademanes excéntricos. Extrañaba sus guisos malos, y su risa tonta. Le había escrito mensajes cada semana, pero estaba desaparecida. Stephen se decía que tenía que continuar hacia delante sin mirar atrás, pero la quería de verdad. Él no era hombre de muchas mujeres, todo lo contrario, se sentía feliz con una única mujer en su hogar. Le gustaba llegar por la noche y encontrarla en la casa preparando la cena. Sin embargo, su casa estaba sola, vacía, y fría. Y porque se sentía mal y confiaba que ella volviera alguna vez, pintó el salón de blanco. Las habitaciones las pintó de azul claro. Replantó el pequeño jardín delantero de plantas nuevas, y sustituyó un arbusto por un rosal.

Stephen siguió esperando un mensaje, una visita, un indicativo de que todo podía cambiar para él, pero siguió con su vida de asesor y ganando un dinero nada despreciable. El mes de agosto dio paso a septiembre y luego octubre. Y el corazón de Stephen siguió roto, y sin la oportunidad de superar su desengaño.

Los amigos se ocuparon de organizar una fiesta en la mansión Nuttby, que era propiedad de un anciano que la alquilaba para eventos que organizaban las clases bajas. En la mansión también se había celebrado alguna boda, pero por regla general estaba destinada a fiestas. Su ubicación era excelente pues estaba cerca del lago Gully, y del jardín Balmoral.

Ese viernes de octubre los amigos se presentaron en Manor Ville, y se lo llevaron en el carruaje de John hacia la mansión Nuttby. Las puertas estaban abiertas y las ventanas también. Se escuchaba una música alegre y típica en los bailes de la alta sociedad. Cuando Stephen cruzó la puerta, se paró en seco; la mansión estaba llena de mujeres que parecía que se habían bebido hasta el agua de los floreros. Stephen miró a John con un interrogante en los ojos, el otro le hizo un encogimiento de hombros. Darrell bailaba con una mujer muy guapa, y, cuando se percató de que él había entrado al salón, paró su baile y aplaudió.

—Aquí tenemos a nuestro abogado más famoso.

Escuchó perfectamente el murmullo de varias de ellas. Stephen sintió el impulso de salir corriendo, pero entonces John lo sujetó del brazo y lo empujó hacia el interior. Y se encontró de repente rodeado por un grupo de mujeres que lo miraban de una forma que le desagradó

—¿Qué significa esto? —le preguntó a Charles.

—Querían contratar mi restaurante para una fiesta, y yo pensé que la mansión Nuttby era más apropiada —respondió mientras bebía un trago de whisky—. Han pagado para que los cuatro seamos sus parejas de baile y acompañantes por esta noche.

—El alquiler de la mansión Nuttby es muy elevado.

—Todas tienen mucho dinero —respondió Charles.

Stephen las observó, y se dio cuenta de que eran muy jóvenes. No parecían mujeres corrientes, pero tampoco iban vestidas con elegancia.

—¿Qué desean celebrar? —preguntó en voz baja.

—No se lo hemos preguntado —respondió Darrell—. Pero sobre todo desean bailar, y que seamos sus admiradores.

Eso no iba a ser difícil porque un par de ellas eran muy guapas. En el estrado donde debía estar la orquesta, había solo un par de músicos; un trompetista y un violinista. John supo lo que Stephen estaba pensando.

—El presupuesto de ellas no alcanzaba para más músicos, pero lo pasaremos bien. Charles les ha preparado un ponche exclusivo, receta que solo se puede tomar en su restaurante.

Stephen vio la ponchera llena de un líquido rosado en una mesa larga adosada a la pared del salón de baile.

—Nosotros seremos nuestros propios camareros, y les serviremos a ellas encantados.

—Son muy jóvenes para beber alcohol —mencionó Stephen que no dejaba de mirar a una muchacha muy hermosa de cabello como el trigo y ojos como el cielo.

—Te mereces una fiesta como esta y rodeado de hermosas muchachas.

Stephen se sentía emocionado por lo generosos que se mostraban sus amigos, pero a la vez estaba disgustado porque no le habían consultado nada. Mirando el rostro de algunas de ellas, sintió un vuelco de rechazo que no pasó desapercibido para ninguno de los otros dos.

—No sabemos nada sobre ellas —susurró en voz baja.

—No son de Halifax sino de Port Hawkesbuy —le explicó Charles. Stephen entrecerró los ojos porque eso estaba muy al norte—. Y nos han explicado que allí no tienen forma de organizar una velada con baile.

—¿Ni hombres que las acompañen? —preguntó con voz seca.

Darrell puso las manos en jarras y lo miró con atención.

—Son chicas guapas que han venido a Halifax a pasar una bonita velada con hombres que las saquen a bailar y las adulen —le contestó Charles malhumorado—. Lo pasaremos bien durante unas horas, y nos comportaremos como los galanes que ellas esperan. —Él, no estaba decidido en absoluto—. La más bonita ha pagado todos los gastos; alquiler de la mansión, la bebida, los dos músicos...

John halagaba a una de las muchachas que le sonría boba.

Stephen se resistía a participar, sin embargo, pensó que no pasaría nada por disfrutar esa noche de la compañía de unas muchachas muy guapas. Además, en la fiesta no había nadie más que ellos, y quería a sus amigos como si fueran sus propios hermanos.

—Algo me dice que esas muchachas no han sido del todo sinceras.

—¿Y qué importa? —le preguntó Darrell—. Vamos a disfrutar y punto.

Stephen bufó porque la noche podía ser un desastre, o podría intentar divertirse con unas muchachas que habían ido hasta Halifax para disfrutar.

—Menos mal que me he vestido de forma adecuada —admitió avergonzado.

Darrell soltó una carcajada.

—El traje de tu padre te sienta fenomenal, casi como un guante.

Era el traje de la boda de su padre, y Stephen se lo había dado a la tía de Darrell para que se lo arreglara, con el traje había pensado casarse con Mollie.

—Ya está bien —le advirtió el amigo con una mirada seca—, te mereces disfrutar una noche de baile y damiselas.

—¿Ves a aquella muchacha que te devora con los ojos? —le preguntó Darrell con ojos entrecerrados—. Con ella será tu primer baile

Stephen dejó de pensar, y caminó directamente hacia ella. Todos estaban solteros, eran buenas personas, por eso no existía motivos para que ellas desconfiaran, además, habían pagado para tener un baile con galanes, y él podía ser el mejor.



Nada había salido como esperaba. Al principio le costó actuar con naturalidad, sin embargo, tras varias copas del ponche especial que había preparado Charles, comenzó a entonarse y a tomar confianza. La muchacha era muy guapa pero muy joven, y se preguntó si tendría novio, si sería tan incauta para creerse que podía escoger a un hombre rico y con posición para su vida. No, la muchacha no parecía una cazafortunas, pero es que él no poseía salvo lo puesto. Y esa certeza le hizo comportarse como el galán que se esperaba que fuera. Bailó con ella de forma respetable, pero en el segundo baile, ella se pegó demasiado a él que se mostró sorprendido por su audacia, y no contenta con el roce, comenzó a susurrarle frases que lo pillaron con la guardia baja. De repente, Stephen se mostró sexualmente activo y controlado. Trató a la joven como si tuviera el todo el sobre ella. Sin apenas percatarse, le pusieron otra copa llena en las manos, la muchacha bebía a la par que él, y, en el siguiente baile, lo hicieron de forma más íntima y explícita, aunque no bailó solo con ella. Bailó con cortesía con cada una de las mujeres que asistían a la fiesta en la mansión Nuttby.

Pero volvió a bailar con la guapa, ignoraba su nombre, su edad, pero ella no quería decírselo, y entonces fue ella la que tomó el relevo, y a él no le quedó más remedio que dejarse llevar como

si se hubiesen cambiado las tornas, ahora no era él el controlador sino un hombre lleno de deseo en manos de ella.

—Deseo que me beses.

Su voz era aterciopelada. Y, en esos momentos, nada de sus conocimientos en el manejo de las leyes le iba a servir de nada. Ninguna de las enseñanzas aprendidas le valdrían para algo, porque ahora su verdadero enemigo era él mismo y su inmenso deseo. Stephen sentía que le ardía la sangre, que el corazón le palpitaba... no, no era el corazón sino los testículos. Ella le pasó la mano por la espalda y sufrió una erección violenta.

—No voy a besarte aquí delante de todos —respondió él, pero su voz no había sonado normal.

¿Qué le sucedía? Estaba terriblemente excitado. La voluntad de tomarla entre sus brazos y hacerle el amor allí sobre el suelo de baile, de alimentarse de la sutil fragancia de su juvenil cuerpo, y de la voluntad de estarse allí quieto eternamente, lo superó.

La muchacha lo sujetó de la mano, y se lo llevó hacia otra sala más alejada. Stephen se encontró siguiéndola como si el diablo lo persiguiera. De repente, y sin saber cómo, terminó besándola con urgencia, con desesperación. La besó con un ansia posesiva, buscando y encontrando. La respuesta de ella sorprendió a ambos, que pegó su cuerpo al de él, e inclinó hacia atrás la cabeza permitiendo que el beso fuese más íntimo, más profundo.

El deseo se transformó en fuego.

Los dos habían terminado en una estancia más pequeña donde había un pequeño diván, Stephen la llevó hacia allí mientras la seguía besando ya sin delicadeza, pero no llegaron a alcanzarlo.

Por la mente de Stephen cruzó un pensamiento. Estaba muy excitado además de ebrio porque sentía que la cabeza le daba vueltas. Recordó la última copa del brebaje que Charles había preparado, y se preguntó qué licores llevaría, pero la muchacha olía tan bien, que se olvidó de ese pensamiento, y, entonces, los besos dieron paso a caricias más íntimas. Stephen no la tumbó en el diván, su estatura y corpulencia le permitieron sujetarla sobre su cintura, y apoyar la espalda de ella en la pared. Le costó unos segundos encontrar la ropa íntima entre las enaguas, pero lo hizo, y se las arrancó con brusquedad. Después buscó su pesado miembro con la mano, lo sujetó entre sus dedos, y lo llevó hasta la cueva en la que se moría por entrar. La cabeza púrpura encontró la grieta húmeda, y se deslizó suavemente dentro de ella como si fuera seda. Stephen la alzó un poco, haciendo que su virilidad casi saliera de ese canal líquido, y, de una fuerte estocada, se hundió hasta la misma raíz. El cuerpo de ella se tensó por unos segundos ante la invasión brusca, pero al momento estaba ondulándose sobre él como la marea mecida por la corriente.

Stephen estaba demasiado borracho y excitado, y ella era tan estrecha como una virgen. El pensamiento le estremeció el cuerpo y le acicateó a hundirse en su cuerpo una vez, y otra, y otra, hasta que sintiendo que no podía aguantar más vio llegar el clímax, pero pudo aguantarse. Y la fue alzando con sus manos, que las tenía apoyadas en sus glúteos. La movía tan enérgicamente, que su miembro casi salía del interior de ella, y un segundo después la dejaba caer. Cuando sintió las oleadas de placer que la recorrían, su cuerpo fuerte y masculino se lanzó también en busca de la liberación, y, junto al ahogado gemido de ella, reverberó también el de él en el momento en el que el cálido fluido de vida que era su semen inundó su matriz.

Stephen creyó que había muerto de placer.

8

La resaca de Stephen resultó espectacular, y no supo cómo ni cuándo regresó a Manor Ville, pero cuando despertó, el dolor de cabeza le resultó insoportable. Se levantó del lecho y salió al salón. John dormía en el incómodo sofá, y Darrell en el sillón. Necesitaba un café bien cargado. Tropezó con los zapatos de uno de sus amigos, y lanzó una maldición que los despertó a ambos.

—¿Qué hacéis aquí?

Stephen se dirigió a la pequeña cocina, y buscó en el armario un poco de bicarbonato. Sentía el estómago revuelto y ganas de vomitar.

—Yo también quiero un poco de eso.

Darrell lo había seguido a la cocina.

—Charles nos puso algo en el ponche porque estoy peor que tú —dijo mientras se rascaba debajo del brazo.

Stephen se pasó las manos por el pelo. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan mal.

—Otra velada igual, y no lo cuento —se quejó con razón.

—Charles le puso algo al ponche.

La voz de John le llegó alta y clara desde el pequeño salón.

—¿Qué le puso? —preguntó en un tono de voz incrédulo.

—Absenta y láudano —contestó el amigo.

Stephen miró hacia el salón estupefacto. El láudano era una tintura alcohólica del opio.

—¿Tú, lo sabías? —le preguntó a John. El amigo asintió—. Sois unos cabrones.

—Nos ayudó a todos.

Stephen se masajeó la frente.

—Yo no quería llegar a esto —respondió enojado.

—Pues a las mujeres debió de gustarles mucho porque no dejaron ni una sola gota en la ponchera.

Stephen miró lo decepcionado.

Darrell se había mantenido en silencio. Se encontraba bastante mal, e ignoraba que al ponche se le había añadido absenta y láudano.

—No se le hace algo así a los amigos —se quejó Stephen.

—¡Lo pasamos genial! —afirmó John al mismo tiempo que se levantaba del incómodo sofá—. Al menos uno de nosotros lo pasó especialmente bien con una muchacha demasiado guapa

Stephen lo miró con atención. Guapa y deseable. La mujer tenía una capacidad de excitarlo, como no había conocido nunca. Él no era hombre de muchas mujeres, pero sabía reconocer una perla.

—Imagino que la protegerías, ¿verdad? —quiso saber Darrell.

Stephen soltó un suspiro largo. No, no la había protegido. Estaba demasiado borracho y excitado para pensar en nada salvo en poseerla.

—Os informo, por si se os había olvidado, que no iba preparado para intimar con una desconocida —respondió grave.

—Igual dentro de nueve meses se presenta en tu puerta con un pequeño Stephen —lo hostigó John.

Stephen, que se había dirigido hacia el minúsculo baño, se giró para mirarlo sorprendido.

—No tiene gracia, ni es apropiada tu burla —contestó el abogado.

—La próxima vez tendrás más cuidado —apuntó Darrell.

—No habrá una próxima vez —afirmó rotundo.

—¿Y si la muchacha desea convertirse en tu amante?

No, él no lo creía. Stephen se sentía realmente mal. Había algo que se le escapaba. La muchacha era muy apasionada, pero en algunos momentos, a él le había parecido inexperta. Pero ninguna virgen se comportaría como ella. ¿Qué muchacha decente tenía sexo con un desconocido?

—Era demasiado guapa y deseable —admitió en voz baja—. Pero no creo que busque un amante en esta parte de la isla.

Stephen se hacía muchas preguntas. ¿Estaría despechada? ¿Buscaba evadirse de alguna responsabilidad? ¿Cuándo se había terminado la fiesta?

—No recuerdo nada después de... —no pudo continuar.

—Charles nos trajo a los tres, John y yo estábamos tan mal como tú.

—¿Y las muchachas?

—Regresaron en el mismo carruaje de alquiler que las llevó a la mansión Nuttby.

—Yo solo bailé, aunque con todas —admitió Darrell pensativo.

—Yo lo intenté, pero ninguna me dejó intimar demasiado, así que me conformé con algún beso robado.

Stephen se quedó más extrañado todavía. ¿Él era el único que había tenido sexo con la muchacha más hermosa y deseable que había conocido nunca? Si todos habían bebido tanto o más que él.

—Tienes cara de culpable —afirmó John.

—Me siento culpable —afirmó Stephen.

Darrell y John soltaron una carcajada.

Si sus amigos esperaban que se sintiera mejor, estaban completamente equivocados.

—Voy a darme una baño —les dijo a los dos.

—Date prisa porque Charles nos espera —apuntó Darrell.

Stephen no sabía el motivo.

—¿Te has olvidado de Little Harbour? —Stephen no se acordaba de nada por culpa de la monumental resaca—. Hemos quedado a comer los cuatro.

Stephen no tenía ganas de llevarse ningún alimento a la boca. Tenía el estómago completamente revuelto.

—Iros sin mi —les contestó.

—John y yo estamos tan mal como tú —le recordó Darrell.

Stephen maldijo por lo bajo. Le esperaba una mañana bastante dura por culpa del ponche. Solo le apetecía quedarse en Manor Ville, y seguir durmiendo hasta el día siguiente. Sin embargo, se dio un baño rápido y acompañó a sus amigos.



Mansión Berdford, condado de Cumberland

La confesión de la pérdida de su virginidad, le costó a Kelly varias bofetadas de su padre. El noble había montado en cólera, y la había insultado. Pero ella sabía que debía pagar el precio de

su acción. Ya no era doncella pues se había entregado a un completo desconocido, pero no lo lamentaba. Su padre la llamó furcia, desgraciada, y le anunció que la desheredaba.

Ni con la amenaza de ingresarla en un convento de clausura, logró que ella se arrepintiera ni le confesara el nombre del individuo, y, para hacer más creíble su historia, Kelly le informó al padre que estaba enamorada desde hacía varios años, y no precisamente de Luka Dashwood. Su padre le preguntó el nombre, pero ella mantuvo un silencio ofensivo.

Ante la tozudez de la hija, el padre la echó de la mansión. Y le informó que jamás volvería a saber de ella.

Kelly apenas tuvo tiempo de recoger sus pertenencias. Alquiló el mismo carruaje que las había llevado a ella y a varias amigas a la mansión Nuttby. Cuando los baúles estuvieron bien atados en el carruaje, ella miró por última vez la que había sido su casa desde la niñez.

Pero no le importaba. Desde siempre había querido vivir con su madre en la mansión Wilderness, y ahora podría hacerlo. Atrás dejaba a un padre autoritario, y a un prometido no deseado. Pensó en el hombre que ella había elegido para que le hiciera el amor, y no se arrepentía, bueno, un poco sí, porque había bebido demasiado y no se acordaba de cómo habían terminado en otro salón, ella encima de él, y el hombre embistiéndola.

No sabía cuándo se había metido de nuevo en el carruaje, ni cuando había regresado a la mansión maternal, pero tras despertarse y comprobar que no estaba tan mal herida como parecía, se tomó un baño largo, y enfrentó a su padre antes del almuerzo.

No miró atrás porque lo que dejaba no merecía la pena para ella. Iba a comenzar una nueva vida junto a su madre; libre, feliz, y soltera.



Había enfrentado a Charles en su propio restaurante, en Dufferin. Le había recriminado que le hubiera puesto absenta y láudano al ponche que todos habían bebido. Charles se disculpó, y le confesó que se lo había pedido una de las muchachas.

Stephen le pidió que se explicara, y el amigo lo hizo.

Dos muchachas habían llegado en carruaje a Dufferin, y le habían ofrecido una suma desorbitada por alquilar el restaurante. Al ver la cifra que le ofrecían por encontrarles unos acompañantes, él les ofreció alquilar la mansión Nuttby que era más apropiada, y les habló de Darrell, de John, y del propio Stephen, y ellas aceptaron sin dudar. Una de las muchachas había confesado que querían pasarlo bien, y que eso incluía bebida. Charles no era tonto, y sabía a lo que se refería la mujer.

—¿Puedes creerlo? —le preguntó Stephen aunque no esperó una respuesta por su parte—. Habría jurado que no eran ese tipo de muchachas alocadas.

—Eres demasiado confiado y buena persona —Le dijo Charles—. ¿Comes algo conmigo? —le preguntó.

Stephen no podía llevarse nada a la boca. Seguía teniendo malestar en el estómago.

—Estoy hecho polvo —admitió cabizbajo—. Nunca había probado la absenta ni el láudano.

—Siempre hay una primera vez —respondió el amigo al mismo tiempo que le ponía un plato de comida en la mesa.

Stephen lo apartó con desagrado. Charles se había sentado a su lado.

—No pienso como tú —respondió en un tono bajo—. Si hacemos cosas que nos hacen sentir mal, es mejor no hacerlas.

—O arderemos en el infierno —Charles acababa de darle un sorbo a su bebida.

Stephen pensó que eran ciertas sus palabras. Años de enseñanzas religiosas no se borraban en unas horas. Su madre le había inculcado valores religiosos, y, comportándose de una forma cabal, era su forma de honrarla y contribuirle los años de cuidados y cariño que le había mostrado. Stephen consideraba a su madre una santa, y esperaba encontrar una mujer como ella; amorosa y dulce.

—De verdad que me gustaba —reconoció pensativo—, y querría volver a verla.

Los sabían que se refería a la muchacha guapa de la velada.

—No creo que ella sienta lo mismo —continuó Charles—. Está claro que vino a lo que vino, y que lo consiguió.

Stephen meditó en las palabras de su amigo. Sí, estaba claro como el agua que la muchacha quería un encuentro íntimo, y que lo había escogido a él para tenerlo.

—¿En qué momento de la vida nos hemos perdido? —la pregunta era retórica.

Charles se levantó de la silla y trajo una botella de whisky junto con dos vasos, sirvió en uno, y se lo dio a Stephen.

—Esa muchacha se ha comportado como lo haría un hombre con una posible conquista; sin pensar en absoluto en las consecuencias.

Stephen pensó que eso no era del todo cierto. Él, nunca se había comportado como un libertino salvo con la excepción de la noche pasada.

—No esperaba que me marcara tanto —confesó bebiendo un trago.

—La culpa es de Mollie, que te ha dejado una huella profunda.

—Hace varias semanas que ya no pienso en ella.

Charles pensó durante un momento en la respuesta más apropiada.

—Me alegro de veras, y confío que la noche pasada con esa muchacha te haya abierto el apetito por disfrutar la vida.

Stephen terminó por reírse.

—Soy muy simple —admitió Stephen.

Stephen vio que Charles se levantaba, y que iba a la caja registradora. Unos minutos después regresó a la mesa. Le dio un sobre lleno de libras que Stephen no se atrevió a tomar.

—Las muchachas pagaron mucho —Stephen silbó—. La guapa dijo que eran los ahorros de un año.

—¿Y de verdad la creíste? —Charles negó con la cabeza—. Era muy guapa, ¿verdad? —preguntó con los ojos entrecerrados.

—La más hermosa que he conocido nunca —contestó Charles—. Y desde que llegaste a Nuttby, te comía con los ojos.

—Las libras son tuyas.

Charles negó con la cabeza.

—Tú las necesitas más.

—No volvería a repetirlo —aseveró Stephen decidido.

—¿Ni con la guapa damisela de anoche? —le preguntó con doble intención.

—Me alegro de que haya sido solo una vez —admitió con la cabeza baja, y visiblemente avergonzado—. Una muchacha como esa podría hacerme perder la cabeza.

—Por eso te sientes culpable —le dijo Charles—. Le hiciste el amor a la mujer que te gustaría tener cada noche en tu lecho.

Stephen hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—No volveré a hacerlo —reiteró.

Charles hizo un encogimiento de hombros.

Charles sonrió. Le gustaba esa honorabilidad en Stephen. Era un hombre cabal y fiel. Lástima que Mollie no lo hubiera sabido valorar.

—¿Qué hay de malo? —le preguntó—. Eres un hombre libre de compromisos. No haces mal a nadie por dejarte amar de vez en cuando.

—Pero no dejo de pensar en ella —le recordó—. Tiene todo lo que desearía para mi mujer, la madre de mis hijos.

—No tienes remedio, amigo mío —le dijo Charles.

Y los dos siguieron bebiendo whisky.

Stephen McNiall seguía cosechando éxitos. Comenzaba a tener bastante trabajo como abogado porque cada vez lo llamaban más mujeres para que las aconsejara en temas legales. Stephen nunca habría podido imaginar lo solas y desvalidas que estaban. Esa tarde había cogido su faetón con entusiasmo porque tenía una posible clienta en Guysborough, pero al llegar al lugar se encontró que le habían dado plantón.

—¿Y no podía haberme enviado un mensaje? —le dijo a la mujer mayor que le había abierto la puerta—. He venido desde Halifax, ¿podría esperarlo? —le preguntó al entender la mirada de la mujer.

—Mi sobrino regresará tarde —le respondió bajito—. Pero puedo mostrarle el camino hacia la iglesia.

A la vista estaba de que la mujer no se había enterado de quién era él.

—Soy el abogado Stephen McNiall —le aclaró.

La mujer encogió los hombros con cierta timidez. Stephen entendió en ese gesto demasiado. En esos meses había comenzado a comprender lo solas y desamparadas que estaban muchas viudas. Mujeres marcadas por la rigidez de unas leyes que no habían cambiado para ellas.

—¿Y por qué ha buscado mi sobrino un abogado de otro condado? —le preguntó turbada—. No me ha dicho nada al respecto.

Stephen dejó el maletín sobre el sillón del faetón, y se giró de nuevo hacia la mujer que debía rondar los sesenta años, aunque parecía mucho mayor. Debía ser viuda o soltera porque en la casa no había nada que indicara que vivía un hombre con ella.

—¿Cómo ha obtenido su sobrino mis credenciales? —preguntó.

—Guysborough es una localidad pequeña, y nos conocemos todas.

Pero él no había llevado ningún caso en esa zona.

—No regresaré otro día —le explicó a la mujer—. Su sobrino tendrá que ir hasta Halifax si desea que la asesore.

Ella se sumó a un silencio perturbador.

—Mi sobrino ha ido a la parroquia porque hay problemas con el orfanato.

Stephen entendió.

—¿Y dónde se encuentra? —ella comprendiendo la pregunta se señaló las afueras—. ¿En esa dirección? No creo que la encuentre —le respondió sincero.

Entonces ella le señaló el interior de la casa, y lo invitó a entrar.

—Le ofreceré un té mientras lo esperamos —la mujer mentía, porque momentos antes le había dicho que regresaría tarde.

Stephen sonrió abiertamente porque entendió que la anciana deseaba compañía.

—¿Y no le preocupa que sea alguien peligroso? —preguntó con humor.

—Sepa joven que sé defenderme —respondió valiente—. Le puedo ofrecer algo frío para tomar sino desea té, hace una tarde muy calurosa.

Finalmente, Stephen aceptó una taza de té que tan amablemente le había ofrecido la anciana. Tomó asiento en el salón junto a ella, y compartió sus ocurrencias. No quiso tomar las libras que ella le ofreció al finalizar porque había perdido tiempo yendo hasta Guysborough, si le había

dedicado una hora de su vida, había sido de forma voluntaria porque algo en la mirada que le había mostrado la mujer, le indicó que sufría, y que estaba sola, también que agradecía un poco de compañía. Cuando se despidió de ella, la mujer le mostró una sonrisa de agradecimiento.

—Me queda poco tiempo de vida —le confesó de pronto. Stephen se quedó parado en la puerta sin saber qué decir a continuación. Se había quedado en blanco—. Nunca olvidaré este gesto altruista —le dijo emocionada—. Gracias, señor McNiall.

Y Stephen se encontró visitando a la señora una vez por semana. Lo invitaba a té, y juntos pasaban un par de horas entre risas y bromas. Ella no le decía nada sobre su enfermedad, pero no hacía falta porque se le notaba en el semblante que sufría mucho. Él, se sentía bien a su lado porque, como ella, también se encontraba muy solo en ocasiones. Ella jamás le contó nada personal salvo su nombre, Emma, simplemente escuchaba, y agradecía esos momentos de compañía que Stephen le obsequiaba.



Mansión Wilderness, condado de Shelburne

Lady Middleton miró a su hija con el rostro mortalmente serio. En la noche llegó a la mansión acompañada de tres baúles, y el rostro rojo de bofetadas. Ella le había contado que eran sus pertenencias. La madre quería explicaciones, pero la hija no se las dio. Deseaba bañarse, cenar algo y dormir. Susan aceptó, aunque se moría interiormente por saber.

Ahora, las dos estaban sentadas frente a frente en la larga mesa de comedor de Wilderness, una esperando, y la otra desviando los ojos hacia todos lados menos al rostro de su madre que tenía una mirada tan seria, que logró descorazonarla.

Susan había nacido en Nueva York, y era hija de los multimillonarios Jefferson y Mary Bradford.

Su padre había hecho grandes negocios con el ferrocarril, y su madre soñaba desde siempre que su hija llegara a pertenecer a la nobleza, y por ese motivo había buscado para ella un miembro de la aristocracia, y lo encontró; lord Paul Middleton. La madre organizó una fiesta en Nueva York donde se invitó a la crema y nata de la sociedad neoyorkina, el noble incluido. Para la madre, que el presunto pretendiente estuviera en la ruina, lo consideró un golpe de suerte. Así que Susan llegó a conocer al orgulloso aristócrata comenzó a cortejarla con el fin de obtener su fortuna, y salvar con ella la mansión Wildermnes.

Paul y Susan terminaron casándose, y Jefferson le dio a su única hija parte de la herencia como dote por su matrimonio. Lord Middleton incluyó la fortuna de su esposa al mayorazgo, salvándolo así de la ruina. El matrimonio de los condes de Bedford no fue por amor, sino por interés pues los cónyuges no compartían ni una sola afición en común. Al no poder darle Susan un heredero varón al conde, era imposible que a su muerte su única hija heredase su título y el mayorazgo. Por ese motivo Paul Middleton arregló el compromiso de Kelly con su primo en segundo grado, Luka Dashwood, que pasaría a ser el heredero del mayorazgo y del título de conde de Bedford.

Kelly soltó un suspiro largo. Su madre tenía una fuerte voluntad y a veces podía ser muy egoísta, fría, también calculadora y arrogante; pero se preocupaba mucho por su familia y amigos. No estaba divorciada de su padre, pero se negaba a vivir con él en Bedford. Ella recordaba las grandes discusiones que sus progenitores habían mantenido, también los graves escándalos que habían ocasionado ambos. Finalmente, el conde aceptó que su esposa viviera lejos pero en la casa familiar. Él se mudó a otro condado donde los Middleton tenían también vastas propiedades.

—¿Qué ha sucedido con tu padre? —le preguntó la madre.

Kelly giró el rostro avergonzada.

—He logrado romper mi compromiso con lord Dashwood —Susan la miró con interés, y perplejidad—. Pero mi padre no se lo ha tomado muy bien.

—Solo existe un motivo para romper el compromiso.

La hija sonrojó violentamente.

—Ya no soy virgen —le anunció a la madre.

Susan parpadeó sorprendida.

—¿Cómo? ¿Con quién? —le preguntó—. ¿Por qué?

Kelly la taladró con la mirada.

—No quiero un destino como el tuyo —la acusó—, y por eso he tomado cartas en el asunto —le explicó—. Mi destino será solo mío.

—Ninguna mujer es dueña de su destino —la cortó la madre.

—Yo lo seré del mío...

Susan se quedó un momento callada.

—Ya sabes que la herencia requiere que los bienes de la familia junto con el título, pase solo a los herederos varones —Kelly ya lo sabía—. Por eso tu padre dispuso que te casaras con Luka Dashwood.

Sí, su padre había dispuesto que ella se casara con Luka, segundo en la línea al título después de Paul Middleton, pero ella aborrecía a Luka, y jamás habría consentido en casarse con él.

—¿Sabes que intentó forzarme una vez? —le preguntó la hija—. ¡Tenía quince años! Siempre presumía del poder que tenía sobre mí —siguió revelándole—. Soy consciente de que toda la fortuna, títulos y propiedades de mi padre deben pasar por tradición a un heredero varón, pero jamás daré un hijo a ese desgraciado.

La madre ignoraba que el cretino en cuestión hubiera tratado de forzarla, y en ese momento se arrepintió de haber dejado a su única hija a cargo del padre. Sentía que le había fallado como madre.

—¿Y para evitar el compromiso te has envuelto en un escándalo público que arruinaría tus posibilidades de matrimonio?

Vio que la hija apretaba los labios.

—No voy a casarme —afirmó rotunda—. Al menos con hombres como Dashwood.

La madre bajó la mirada y la clavó en el blanco mantel.

—La virginidad solo importa cuando no se tiene dinero —susurró de pronto, pero la hija la había escuchado—. Es posible que tu prometido desee continuar con el compromiso.

Kelly negó varias veces con la cabeza.

—Me acostaré con todos los hombres de Halifax de ser necesario —amenazó la muchacha sin un mínimo de vacilación—. Mi padre me ha dicho que piensa desheredarme, y no me importa que lo haga porque seré libre.

Susan tenía fortuna propia, y pensaba apoyar a su hija en su decisión.

—Nunca acepté el hombre que escogió tu padre para ti...

La hija la cortó.

—Como lo escogió el tuyo para ti, ¿no es cierto?

Esa era una gran verdad. Susan miró a su preciosa hija, y se compadeció de sí misma.

—El hombre que escogió para ti significó la separación entre ambos.

Kelly ya lo sabía. Susan miró los brillantes ojos de su hija, y se enterneció. Poseía unas largas

pestañas bajo unas perfectas cejas arqueadas que realzaban las brillantes esmeraldas que iluminaban su sedoso rostro.

—¿Quién es él? —su madre le preguntaba por el hombre con el que había perdido su virginidad.

—Nadie importante —respondió cabizbaja.

La madre soltó una blasfemia.

—Todos somos importantes.

Kelly se ruborizó.

—No es nadie conocido —comenzó a explicarle.

—¿Y por qué lo elegiste?

—Porque era justo todo lo contrario a lo que escogería mi padre para mí.

—¿Un indigente?

La muchacha alzó los hombros con cierta indiferencia.

—De tener que elegir —comenzó la hija—, sería lo que yo escogería y no mi padre.

—Me da miedo preguntar cómo lo convenciste.

La hija miró para otro lado.

—Gasté una suma considerable en organizar una fiesta en la mansión Nuttby.

—¿Tú la organizaste? —la madre estaba asombrada porque su hija no conocía el condado de Halifax.

—Obtuve un nombre, Charles Tupper, regenta un restaurante llamado Dufferin. Él se encargó de todo.

—¿Te resultó muy duro?

La hija negó de forma brusca.

—Bebí tanto que no recuerdo casi nada.

Susan ya no quiso insistir más...



El viernes por la noche se reunió de nuevo con los amigos. Stephen seguía cosechando fama y notoriedad entre la aristocracia de Halifax. Ya no estaba tan desesperado puesto que ganaba un dinero importante gracias a la fundación Meryton que seguía recomendando sus servicios.

Stephen seguía en silencio.

—¿Qué te sucede? —le preguntó John que lo observaba atento.

Stephen era el más reservado de los cuatro, pero ese silencio le parecía perturbador.

—He recibido un mensaje de Mollie —respondió al fin.

Los tres amigos se quedaron sin poder decir nada al respecto.

—Eso sí es ser mala persona —apuntó Charles—. Te da la patada en el trasero, y ahora que empiezas a levantar cabeza, se acuerda de ti.

Stephen hacía cábalas a toda velocidad mientras su corazón sufrió un vuelco.

—Tienes que olvidarla —le dijo Charles.

Pero él no escuchaba sus palabras. Seguía inmerso en preguntas sin respuesta. ¿Por qué le había enviado un mensaje? ¿Acaso pretendía volver con él? ¿Habría recapacitado sobre su marcha?

—Mañana tengo que organizar un almuerzo en Dufferin —dijo de pronto Charles—, y no tengo suficientes camareros.

Stephen regresó de su ensoñación.

—¿Mañana es sábado?

—Es un almuerzo especial —reveló Charles—. Viene un grupo de mujeres de Port Hodd —siguió revelando—. Pertenecen a una fundación religiosa.

Stephen lo escuchó atento.

—¿Cuántas vienen? —preguntó curioso.

—Demasiadas, pero han pagado por adelantado, desean la exclusividad del restaurante para ese día.

—¿De verdad? —preguntó Darrell.

—¿De Port Hodd? —la pregunta de Stephen era retórica.

Allí se había mudado Mollie.

—Tienes que olvidarte de ella de una vez.

Insistió John.

—¿Me ayudaréis con las viudas? —quiso saber Charles.

—Cuenta conmigo —se ofreció Stephen, los otros dos amigos lo secundaron.



Stephen no había visto nunca un grupo de mujeres más dispar. La que menos edad tenía debía rondar los sesenta años, pero en el grupo de viudas había una que no encajaba con el resto. Vestía con suma elegancia, y se comportaba acorde a su atuendo. Iba maquillada de una forma discreta y lo miraba de una forma que lo hacía sentirse vulnerable. Cuando una de las mujeres trató de sujetarlo del brazo, la mujer atractiva lo interceptó.

Le puso la mano en el hombro y le susurró en la oreja;

—Eres mucho mejor de lo que imaginaba.

—Soy una buena persona —le respondió al mismo tiempo que descorchaba una botella de vino.

Las viudas tenían mucha sed.

—En las manos apropiadas brillarías como un diamante.

Stephen optó por no responderle. Él, no quería ser un diamante, sino un hombre normal, con una vida normal, y con una mujer que lo amara.

—Quiero mantener una conversación con usted —insistió la mujer.

Stephen la miró con inusitada curiosidad.

—¿Desea hablar conmigo?

—En privado —respondió tan bajo que nadie salvo él la escuchó—. Me hospedo en este hotel —ahora le paso una tarjeta.

Stephen la cogió por inercia. La mujer lo miró una última vez y desapareció.

Su sorpresa fue mayúscula cuando al llegar a su pequeña casa de alquiler, Mollie lo esperaba sentada en la cama. Stephen no fue capaz de decir nada. Se mantuvo de pie mirándola con atención.

—No has cambiado la cerradura —ella le mostró la llave que no le había devuelto.

—¿Qué haces aquí? —logró preguntar.

—Quería comprobar con mis propios ojos lo cambiado que estás.

Stephen trataba de comprender sus palabras que le sonaron falsas porque creyó que su visita escondía otra intención.

—Ahora tengo trabajo —fue una afirmación por su parte.

Stephen necesitaba que supiera que ya no era el bala perdida de unos meses atrás.

—Lo sé. Toda las mujeres que conozco hablan con pasión del abogado mister McNiall — respiró un momento—. Los casos para viudas que ganas hacen furor en otros condados.

—¿Por eso has venido? ¿Porque comienzo a tener reconocimiento?

Mollie bajó los ojos un poco turbada.

—Porque quería ver al hombre tan diferente en el que te has convertido comparado con el que dejé aquí.

Stephen entrecerró los ojos. Lo había pasado realmente mal con su marcha.

—No soy diferente, Mollie, soy el mismo Stephen que te ama como el primer día. Aquel primer día en hospital de veteranos —ella se pasó la lengua por los labios en una clara invitación.

—Por eso he venido —le respondió—. Para darte otra oportunidad.

Stephen ni se lo pensó. La cogió por los brazos y la beso con fuerza. La había extrañado muchísimo y nunca había perdido la esperanza de que volviera.

Se desnudaron a la misma vez. Con delicadeza Stephen la inclinó con suavidad hacia la cama sin dejar de besarla. Le encantaba como olía. Su sabor. Era su Mollie, la mujer de su vida.

—No seas condescendiente conmigo —le pidió ella de pronto.

Stephen se alzó un poco para mirarla con atención.

—No se trata con brusquedad a la mujer que se ama —respondió con voz ronca.

Ella pareció conformarse porque lo atrapó por el cuello y lo inclinó hacia su boca para besarlo con ardor. Stephen no podía esperar. Habían sido semanas de angustia. Meses en los que la soledad lo había engullido por completo. Ahora que la tenía bajo su cuerpo, llenándose de su perfume, se sintió feliz. La penetró con suavidad y comenzó a moverse con delicadeza. Como si ella fuera la flor más exquisita y frágil. Estaba tan obsesionado por su regreso que Stephen no se percató de los movimientos bruscos que hacía ella. De los pellizcos que le daba en el culo, ni de la fuerzas de sus piernas al trabarle por la cintura.

—Eres demasiado suave —le dijo.

—Te amo —respondió él.

—¡No! —exclamó ella—. No quiero que me digas que me amas. Deseo que me hagas el amor de forma salvaje, dura...

Stephen alzó la cabeza y la miró sin comprender.

—¿Qué dices?

—¡Pégame si lo deseas!

—¿Qué dices, Mollie? —él había parado el movimiento de sus caderas porque estaba perplejo.

Los ojos de ambos se miraron durante un largo instante, los de él con incertidumbre, los de ella con fría decisión.

—No quiero que me hagas el amor sino que me folles.

Stephen soltó el aire de forma abrupta, como si lo hubiesen golpeado en las costillas.

—¡No sabes lo que dices! —bramó sin creerse las palabras de ella.

—Ahora te comportas blando como una mujer —lo insultó.

Stephen hizo lo único sensato que podía hacer, levantarse de la cama y mirarla estupefacto.

Mollie lo miraba a su vez desabrida.

—¿Qué me estás pidiendo?

—Que me pongas caliente.

—¿Pegándote? —preguntó estupefacto.

—¿No le has pegado nunca a una mujer?

—¿Qué te pasa, Mollie? —preguntó completamente confuso.

Ella lo observó con mirada antipática.

—He venido aquí porque creía que habías cambiado. —Él, no entendía nada—. Quiero que me obedezcas, si te pido que me ates, me atas, si te pido que me pegues, me pegas.

—No le he pegado nunca a una mujer, y tú no vas a ser la primera.

Mollie resopló enfadada. Estaba desnuda en la cama igual que él que estaba plantado frente a ella. El enorme pene lo tenía todavía duro, y ella lo miró golosa durante un minuto.

—¡Yo no quiero al antiguo Stephen!

La mirada de él quemaba porque se sentía insultado.

—Soy Stephen McNiall, abogado de profesión, que parece que lo has olvidado.

Mollie lanzó un grito de frustración. Después de abandonarlo se había buscado un hombre de verdad. Uno que le hacía el amor de forma brusca, rápida, denigrante, pero que a ella le gustaba. Ahora entendía por qué motivo nunca alcanzaba el orgasmo con él; ella necesitaba sexo duro.

—Soy el mismo Stephen de siempre —le recordó.

—¡Vete a la mierda!

La observó que recogía la ropa interior y se la colocaba deprisa.

—¿Qué haces? —le preguntó aunque era obvio.

—Me hiciste creer que era una frígida —le espetó de pronto—, pero no lo soy.

Stephen no quería que se marchara.

—Mollie, te quiero —le confesó en voz baja—. Lo eres todo para mí.

Ella resopló enfadada.

—Y lo descubrí cuando te abandoné —acababa de admitir que se acostaba con otro—. Detesto que me hagas el amor así, no lo soporto. ¡Necesito un hombre de verdad! Pero tú no lo eres.

Acababa de asestarle el golpe de gracia. El que le faltaba para terminar de abrirle los ojos.

—¡Mollie...!

—Me gusta que me peguen, que me peguen fuerte mientras me penetran...

Stephen respiró profundamente para calmarse. Estaba tan enfadado que podría golpearla como ella le había pedido mientras le hacía el amor sobre la cama.

—Hombres que golpean a mujeres, no son hombres de verdad.

—¡Qué sabrás tú sobre los machos de verdad!

Mollie ya se colocaba la falda.

—No te vayas, Mollie —le suplicó.

—A la vista está de que no deseo al Stephen de siempre.

—Ya lo creo que he captado tu sutil cambio —respondió sin moverse del sitio, y sin dejar de mirarla como si fuera la primera vez que la veía—. ¿Cómo es posible que no te des cuenta que ese tipo de hombre que pega y golpea a una mujer mientras le hace el amor, es enfermizo y peligroso?

—¡Qué sabrás tú de hombres peligrosos!

—Es cierto, Stephen McNiall, ha tenido una infancia normal, con una madre que me quería, y que me transmitió valores morales.

—Esos hombres peligrosos como tú los llamas saben satisfacer a mujeres como yo —justificó ella—. Mujeres como yo que están hartas de hombres como tú.

Stephen la miró herido, un segundo después con desdén.

—Te veo y no te reconozco, pero... —ella lo interrumpió.

—Eres un mal nacido que no sabe complacer a una mujer.

Stephen se convenció que Mollie nunca lo había amado. Había echado a perder su única oportunidad de que la quisieran de verdad, porque él podía ser un hombre vulgar, pero se había sentido orgulloso de ella.

—¿De verdad te gustaría que te denigre? ¿Qué te golpee? ¿Qué te insulte? ¡No puedo creerlo!

—Me pone caliente solo de pensarlo —le respondió—. Se me empapaban las bragas solo con imaginarlo —Mollie tomó aire.

Stephen cerró los ojos porque no se merecía esos insultos.

—Mollie... —fue incapaz de continuar.

—Ahora entiendo que no te gustan las mujeres sino los hombres —lo insultó, pero él la quería... todavía la quería y tenía que abrirle los ojos—. Ahora entiendo esa camaradería con esos amigos que tienes.

—Perdóname Mollie por lo que voy a hacer, pero lo necesitas.

Sin que ella se lo esperara, Stephen le dio una bofetada. Mollie se llevó la mano a la cara con sorpresa.

—¡Me has pegado, cabrón!

—¿Dónde está la diferencia en que lo haya hecho ahora o hace un momento?

—Porque ahora no te lo he pedido —Stephen resopló asqueado al escucharla—. Me pegas cuando a mí me dé la gana. ¿Te enteras?

—Estás enferma...

—Mírate —le dijo ella que ya estaba vestida—. Eres zafio, grotesco. Das asco.

Los hombros de Stephen se convulsionaron, y no pudo evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas. Ninguna mujer lo había rebajado tanto en su orgullo. Sentía ganas de zarandearla, de hacerle entrar en razón, pero no haría nada salvo contemplar su marcha.

—Vete de mi casa, y no vuelvas.

—Eres despreciable —siguió insultándolo—. Y pienso vengarme de ti.

—¡Vete de una maldita vez! —gritó sin control.

Mollie lo miró sin remordimientos. Se alegró de salir de su vida para siempre.

—Pero esto no va a quedar así —lo amenazó—. Pienso cobrarte muy cara la bofetada que me has dado.

Stephen pensó de pronto que era muy tarde para que anduviera sola.

—Coge el faetón, puedes dejarlo en Truro, lo recogeré por la mañana.

—No conduciría tu faetón ni aunque mi vida pendiera de ello.

Mollie se fue pegando un portazo.

Stephen estaba destrozado. ¿Qué les pasaba a las mujeres? ¿Qué narices buscaba ella? Se había comportado con él como una perra, sin embargo, no le deseó nada malo porque cuando se quería de verdad la venganza estaba fuera de lugar. Y a él le había enseñado su madre a ser una buena persona y no el maltratador que buscaba Mollie. Stephen McNialll era un hombre sencillo, pero enamorado de una mujer que no le correspondía ni lo merecía.

—¡Malditas todas!

Stephen tenía el ánimo por los suelos. Justo dos horas después de marcharse Mollie, el sheriff de Halifax se lo llevó detenido. La mujer que él quería con toda su alma lo había denunciado por intento de asesinato. Era cierto que le había dado una bofetada, pero para enseñarle algo importante, y por ello había pasado el resto de la noche y todo el día siguiente en el calabozo de Armdale.

—¿Stephen McNiall?

Seguía sentado en el jergón de la celda mirando al vacío. El guardia dejó la puerta abierta.

—Soy Richard Hunt, su abogado.

No quería levantarse. Se sentía enfermo de humillación.

—Acompáñeme, por favor —le ordenó el letrado.

El guardia lo condujo hasta una sala vacía, Stephen imaginó que allí tendrían lugar las entrevistas entre abogados y acusados.

—Han pagado su fianza.

Ignoraba que le habían puesto una fianza y su cuantía, pero agradeció en silencio a sus amigos el detalle de haberla pagado.

—Tiene que prestar declaración —dijo el abogado.

Stephen miró al fin a su abogado que le hablaba, el hombre lo miraba con censura en sus ojos oscuros.

—Me tomaron declaración anoche —confesó.

—Tenía derecho a que su abogado estuviera presente en su declaración.

—Soy culpable, le pegué —admitió avergonzado.

Si su madre levantara la cabeza y lo viera detenido por pegarle a una mujer... Stephen se moría de la vergüenza.

—Tenemos que preparar su defensa —dijo con tono muy seco.

Hacía gestos bruscos. Evitaba mirarlo a los ojos, y él creyó entender muchas cosas.

—No desea defenderme, ¿verdad?

El hombre, de unos treinta años, lo miró entonces de frente.

—No, pero no puedo negarme.

—¿Por qué?

—Eso no tiene importancia.

—Entiendo...

Pero no entendía. Nada más llegar a comisaría le habían tomado declaración. Él, no tuvo inconveniente en reconocer que le había pegado una bofetada a Mollie porque era cierto.

—La cosa pinta muy mal —le dijo él.

—Lo sé, pero lo merezco.

El abogado soltó unas fotos sobre la mesa para que las mirara con atención. Stephen reconoció a Mollie en ellas.

—¡Dios del cielo! ¿Qué le ha pasado?

El abogado entrecerró los ojos al escuchar el tono sorprendido de su voz.

—Dígame usted.

Stephen tomó las tres fotos y las miró con inusitado interés. El rostro de Mollie estaba lleno de golpes y magulladuras. Una parte de su cara tenía unas heridas muy feas.

Se levantó de un golpe y tiró la silla al suelo.

—¿Quién le ha hecho esto?

El abogado lo miró muy serio.

—Según la declaración de la agredida, usted.

Por un momento, él no supo a qué se refería, y cuando las palabras calaron en su cerebro, Stephen maldijo por lo bajo.

—Yo le pegué una única bofetada.

—La declaración de ella muestra lo contrario —insistió el abogado.

Stephen colocó la silla y se sentó. Se hacía un millón de preguntas. Mollie se había ido de su casa solamente con una bofetada en la mejilla, ¿quién entonces la había maltratado de esa forma?

—Tiene una grave acusación en su contra; intento de asesinato.

Hasta en su estado de confusión, Stephen supo valorar que era así. ¿Por qué Mollie lo había denunciado si él no tenía nada que ver con su agresión? ¿Venganza? Pero si le había dejado claro que no lo quería.

Stephen rompió a llorar por segunda vez en su vida. Ver lo que le habían hecho a Mollie, lo desarmó.

El abogado estaba acostumbrado a ver a hombres que se derrumbaban tras conocerse la agresión que habían cometido.

—¿Es capaz de comprender la magnitud de la acusación?

—Sí.

—Ahora cuénteme su versión de los hechos —le pidió él.

—No serviría de nada, no desea creerme.

Era cierto, Richard se había hecho un esquema de lo sucedido. La mujer lo abandonaba, y él reaccionaba de forma violenta propinándole una paliza.

—No se trata de lo que yo crea sino de los atenuantes que tenemos que buscar para desarrollar un escrito de defensa aceptable y que deberemos presentar al juez.

—Solo le di una bofetada —admitió cabizbajo.

El abogado le señaló con la cabeza las fotos que estaban sobre la mesa.

—El rostro de una mujer no queda así de magullado por una sola bofetada.

—Es la verdad —aseguró.

—Me lo está poniendo muy difícil para defenderlo.

—¿Por qué va a defenderme?

—Es algo que deseo mantener en privado —Stephen no era estúpido, y lo miró sin un parpadeo—. Está bien —admitió él—. Lo hago por mi tía.

Stephen se atragantó al escucharla.

—¿Por su tía?

—Ha puesto la mano en el fuego por usted.

Ahora entendía menos. Stephen no podía conocer a su tía porque a las claras estaba de que su abogado pertenecía a una buena familia y adinerada.

—Cuénteme lo que ocurrió la noche pasada, y después volverán a tomarle declaración, pero en esta ocasión con su abogado presente para no causarle indefensión.

Cuando dos horas después salió a la luz del día, cuatro personas lo esperaban fuera; sus tres amigos, y la bondadosa mujer enferma que él visitaba cada semana. Su sorpresa fue mayúscula.

—¡Usted! —exclamó agobiado.

Pero los amigos lo interrumpieron.

—Habíamos reunido el dinero de tu fianza —le dijo Charles—, pero llegamos tarde.

Stephen miró a sus amigos, un segundo después a la mujer que le sonreía de forma tímida.

—La noticia de la detención del abogado defensor de viudas, corrió como la pólvora por toda Nueva Escocia —le dijo ella.

Stephen bajó los ojos afrentado.

—¡Por San Jorge! —exclamó Charles—. ¿Cómo te ha hecho Mollie esto?

Stephen hizo un encogimiento de hombros. Le provocaba vergüenza que una mujer tan especial hubiera pagado su fianza, y que su sobrino lo representara. ¿

—Le pagaré sus honorarios —le dijo girándose hacia el abogado.

—Por supuesto —contestó el letrado—, pero le advierto que no soy barato.

Stephen inspiró profundamente. Menos mal que tenía ahorradas unas mil libras para poder tirar hasta que saliera el juicio, porque presumía que ya nadie querría contacto con él. Era inocente, pero tendría que demostrarlo.

—Lo imaginaba —respondió en voz baja.

—Cuando me enteré en Guysborough —comenzó la mujer—, supe que usted no lo había hecho —Stephen la miró agradecido—. Llamé a mi sobrino, es de Moncton, y le pedí que lo asistiera.

—Le devolveré el dinero de su fianza —le dijo él.

Los tres amigos miraban el intercambio de palabras entre la mujer mayor y Stephen sin comprender nada. ¿Quién era ella? ¿De qué lo conocía? ¿Por qué motivo había pagado la fianza?

—¿Tiene quien le lleve a su casa? —le pregunto el abogado.

Stephen hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Me pondré en contacto con usted para concretar algunas cosas.

—Bien —respondió.

—Vamos, tía —la mujer mayor comenzó a seguir a su sobrino, pero se giró de pronto hacia Stephen.

—Lo espero el jueves como cada semana.

—Allí estaré —respondió Stephen con una tierna sonrisa.

El sobrino le abrió la puerta del carruaje, la ayudo a sentarse, y después cerró la puerta con suavidad. Se despidió de ellos y se introdujo en el carruaje.

—¿De qué las conoces? —lo interrogó Darrell.

Stephen se quedó pensativo durante un momento.

—Un familiar suyo contactó conmigo para una consulta, pero nunca llegué a mantenerla. Está sola, está enferma, y decidí visitarla una vez a la semana.

—Una mujer no paga una fianza de tres mil libras porque la visites una vez a la semana —las palabras de Charles lo dejaron de piedra.

—¿Tres mil libras?

Los tres amigos lo miraron serios.

—Podrían haber sido mucho más, pero has tenido una suerte de mil demonios.

—¿Cómo voy a pagarle tres mil libras? —susurró escandalizado.

—Ganando casos como hasta ahora —apuntó Darrell.

Stephen lo miró asombrado por su respuesta. Ahora nadie lo contrataría, e incluso creía que la fundación Meryton prescindiría de sus servicios

Los días se habían convertido en semanas. Stephen no sabía nada del abogado aunque visitaba de forma regular a su tía. La mujer le había dicho que no se preocupara, que el juicio podría tardar meses, le dijo que él era abogado, y que debía saberlo.

Mollie se había marchado a Port Hodd, y él no había podido contactar con ella para pedirle una explicación por sus actos. Stephen veía su futuro negro. Cuando los asuntos de su vida comenzaban a enderezarse, todo se complicaba. Y culpó abiertamente a Mollie que se había mostrado como una mujer vengativa. Ahora la veía de la misma forma que sus amigos; vacía, interesada y falsa. Stephen seguía presentándose en cada negocio ofreciendo sus servicios como abogado, pero la denuncia pesaba demasiado. Halifax no era tan grande como para que los chismes no circularan a toda velocidad entre los propios vecinos, máximo cuando sus padres habían sido muy conocidos y respetados en la capital, y el escándalo de su detención era un chisme jugoso que corría de puerta en puerta.

Era viernes por la tarde y él no tenía ganas de reunirse con sus amigos porque sentía vergüenza, pero lo había prometido.

Cuando cruzó la puerta del club, silbó complacido.

—Alguno pensaba que no ibas a venir —dijo John sonriente.

—¿Acaso he faltado algún viernes?

Charles le había puesto un whisky delante.

—Tenemos una estupenda noticia que darte —afirmó Darrell.

—Déjame adivinar; Mollie se ha retractado en su acusación —aventuró Stephen con ironía.

—Stephen, tienes que olvidarla —le aconsejó Charles que se había sentado junto a él.

—¿A que ahora te arrepientes de no haberla dejado antes? —la pregunta de le hizo sonreír.

Sí, tenía que haberla dejado la primera vez que lo abandonó.

—Visteis las fotos —les dijo—, le dieron una paliza, y no me alegro por ello.

—Pues se lo merecía —apuntó Darrell—. No he conocido a una mujer más vengativa.

—¿Y qué noticias estupenda es esa?

Le pusieron delante un talón bancario. La suma total superaba las cinco mil libras. Stephen los miró atontado.

—Un colectivo religioso inició una colecta en todas las parroquias para ayudarte. Todos hemos colaborado en la medida que hemos podido.

Stephen no se atrevía a cogerlo.

—El abogado defensor de viudas es muy conocido en toda Nueva Escocia, y se te valora —le reveló Darrell.

—¡No tengo palabras! —exclamó emocionado.

—Podrás devolverle la fianza a esa señora encantadora de la que no quieres hablarnos, y pagar los honorarios a tu abogado.

Los ojos de Stephen se llenaron de lágrimas.

—No lo merezco.

Darrell le dio un golpe en la espalda con cariño.

—Si hay un hombre que se lo merece por buena gente, eres tú.

Stephen recibió un abrazo de sus amigos que lo emocionaron todavía más. Estaba sumido en un pozo oscuro, pero comenzaba a ver la luz.

—Te invito a un whisky del bueno —le dijo Charles que no quería verlo en esa postura de alguien que se cree miserable.

—Siempre me estás invitando —le replicó con la voz entrecortada.

Charles lo miró de frente, y le sostuvo la mirada.

—Has sufrido mucho durante meses, invitarte a un whisky es lo mínimo que podemos hacer para animarte.

—¡Maldita Mollie! —exclamó arrepentido—. Ojalá nunca la hubiera conocido.

—Malditas todas —lo corrigió Darrell—. Porque muchas de ellas son cascarones vacíos y superficiales.

Stephen siguió mirando el talón como si fuera a romperse en cualquier momento. Siguió bebiendo de su whisky, pero en silencio.



Encontrarse con la mujer fina y elegante que le había dado la tarjeta, fue lo último que esperaba.

Había recibido un mensaje de un hombre que se hospedaba en ese hotel, y, mientras esperaba en el vestíbulo, se dio de bruces con la mujer más espectacular de cuantas había conocido.

—¡Qué sorpresa verlo por aquí!

Stephen se quedó sin capacidad de hablar o de reaccionar con naturalidad. Esa mujer lo ponía nervioso, aunque no se explicaba el motivo.

—He recibido un mensaje de un cliente, y por eso estoy aquí.

La mujer de mirada intensa se acercó demasiado.

—¿No me recuerda?

—No mucho.

—Mentiroso.

—Tiene razón, la recuerdo perfectamente.

—Estuve esperando su visita durante semanas.

Stephen pensó que podría reírse de lo cómico que parecía todo. Estaba con el agua al cuello, y la mujer hacía olas frente a él.

—Pensé que estaba de paso —le dijo como de pasada.

Stephen lamentó que en recepción tardaran tanto en darle su mensaje a un posible cliente. La mujer no se anduvo con rodeos.

—Quise conocerlo gracias a mí hija.

Comenzó a ponerse nervioso.

—¿Tuve el placer de conocerla? —le preguntó, aunque poco interesado.

La mujer rio, pero sin humor, y las rodillas de Stephen temblaron.

—Mi hija echó a perder su compromiso gracias a usted.

Stephen dejó de respirar. La única muchacha a la que le había hecho el amor, había sido aquella que...

Se armó de valor.

—No puedo creer lo que dice —le replicó con amargura—. Míreme, soy un hombre muy corriente. Si su hija se parece a usted, jamás repararía en mí, y mucho menos para romper un

compromiso.

La mujer entrecerró los ojos al mismo tiempo que lo examinaba de arriba abajo.

—¿Corriente?

Stephen maldijo en silencio la respuesta del posible cliente que lo había citado en el hotel.

—No tengo aspiraciones —confesó—. Soy un simple abogado que se conforma con muy poco.

La mujer seguía observándolo como un águila que se mantiene al acecho.

—Puedo ver en usted lo que vio mi hija.

Stephen sentía ganas de desaparecer. La muchacha terminó tan borracha como él. Se habría acostado con una rata, y no se habría dado cuenta de la diferencia.

—Su hija no vio nada, señora —cortó seco—. Fue una fiesta de la que no me siento muy orgulloso.

Pero no era del todo sincero porque la muchacha le había gustado de veras.

La mujer hizo algo inusual, y que lo puso todavía más nervioso. Sujetó con la mano el mentón duro, y lo examinó atentamente.

—Es un diamante en bruto —dijo al fin.

Estaba más que hartó, y pensando seriamente en mandarla al diablo, pero era un caballero.

—Tengo intención de ayudarle —insistió decidida.

Stephen creyó que se refería a él.

—¿Ayudarme? —le preguntó— ¿Piensa contratar mis servicios como abogado?

—No, es otro tipo de servicios los que deseo contratar con usted.

Susan había investigado mucho el nombre que le había dado su hija sobre el dueño del restaurante Dufferin, y finalmente había dado con el hombre que Kelly había escogido para seducirlo y romper así su compromiso. Cuando mantuvo la conversación trascendente con su hija, y ella le había aclarado que había elegido precisamente a un hombre contrario a lo que habría escogido su padre para ella, se le iluminó la mente. Ese hombre que tenía delante se había apropiado de la virginidad de su hija, y ella tenía con él un asunto pendiente.

—¿Otro tipo de servicios? —preguntó al fin Stephen.

—Deseo ayudar a mi hija, le recuerdo que su compromiso matrimonial está roto por su culpa.

Stephen no la entendía.

—¿Su hija busca una compensación económica? —le preguntó incómodo.

—No es dinero lo que busco para ella, sino otro tipo de compensación.

—Soy un abogado sin trabajo —contestó envarado—, y no poseo libras para una compensación.

La mujer no pensaba darse por vencida porque adoraba los retos, y frente a ella tenía uno que no podía ignorar. Tenía más tiempo del que podía consumir, más dinero del que podía gastar, y su hija había elegido a un hombre contrario a lo que escogería el conde de Bedford para ella. Susan iba a lograr que ese zafio y tosco abogado fuera todo un caballero. Tenía el dinero, el tiempo, y las palabras de su hija Kelly, no necesitaba nada más.

—No voy a darme por vencida —susurró la mujer.

Stephen resopló enojado. ¿Desde cuándo las mujeres se habían vuelto tan agresivas?

—Por favor —le dijo en un tono controlado—, acepte mi sincera disculpa para su hija.

—Soy lady Middleton, y le dará a mi hija esa disculpa en persona.

Stephen se tomó las palabras de ella como una sentencia. ¿Había dicho lady? Tragó con fuerza porque si la muchacha lo denunciaba, no terminaría en la cárcel, sino en la horca. La mirada de la mujer le hablaba de venganza, y él ya tenía suficiente con la de Mollie.

Stephen optó por marcharse sin atender a la llamada del cliente que lo había citado. Ardía de furia por los cuatro costados. Las mujeres le complicaban la vida. ¡Malditas todas!

Durante las dos semanas siguientes, Stephen tuvo varios encuentros con su abogado. Ambos preparaban el juicio que se había fijado para el mes de octubre. Faltaban todavía varios meses. Mollie se había reafirmado en la denuncia, y él había decidido contratar a un investigador privado con parte del dinero que habían recogido para su defensa la fundación religiosa. Necesitaba encontrar al culpable que le había dado la paliza.

Seguía visitando a su benefactora cada semana, y, sin darse cuenta, comenzó a encariñarse con ella de verdad.

Pero seguía pensando cada noche en lady Middleton y en su amenaza velada. Si realmente había propiciado la ruptura matrimonial entre su hija y su prometido, le debía una buena disculpa porque los dos habían terminado muy borrachos, si él hubiera estado sobrio, jamás se habría propasado.

Stephen se encontró conduciendo su faetón hacia el condado de Shelburne, y se maravillo de las fastuosas mansiones que veía, pero ninguna se pudo comparar a la de Wilderness. Aparcó el faetón, pero antes de descender, la enormes verja de hierro fue abierta por un criado. Volvió a azuzar a los caballos, y maniobró hasta situarlo en las escalinatas de entrada a la mansión. Susan estaba de pie, tras ella había un mayordomo y dos doncellas.

—Llegué a creer que no vendrías —dijo tuteándolo por primera vez.

Stephen no pudo dejar de admirar el elegante y caro entorno.

—Vengo a ofrecerle la disculpa que le debo a su hija, lady Middleton, pero en mi defensa le diré que desconocía quién era ella.

Nada avergonzaba más a Stephen que saberse culpable del compromiso roto de la muchacha.

—Mi hija Kelly no se encuentra hoy en Wilderness.

La madre se había ocupado especialmente de que no estuviera su hija

—Entonces regresaré otro día —le dijo parado cuatro escalones por debajo de ella.

La cejas de la mujer se alzaron con un interrogante.

—Deseo hablar contigo sobre aquello que pasó.

Stephen soltó el aire que había estado conteniendo.

—Me resulta muy violento —admitió él.

Ella le hizo un gesto con la mano para que la siguiera. Cuando entró en la casa, Stephen se quedó anonadado.

—Soy consciente de que resulta violento hablar sobre la relación sexual que mantuviste con mi hija —le respondió—, pero es apropiado.

—No podré hacer frente si me denuncia —confesó sincero.

—Oh, pero sí mi hija no desea denunciarte —le dijo franca.

Stephen cada vez entendía menos, aunque se sintió aliviado. Lady Middleton pidió a una doncella que trajera una botella de vino tinto.

—Le agradezco la invitación, pero permítame que la rechace —le explicó.

Susan se giró hacia él con los ojos entrecerrados.

—¿Deseas desairarme?

Stephen negó.

—De verdad que regresaré cuando se encuentre su hija en Wilderness.

La sirvienta traía una bandeja con una botella de vino y dos copas de cristal.

—Un auténtico caballero jamás rechazaría la invitación de una dama.

¿Por qué las palabras de la dama le hacían recordar que él no había rechazado la invitación carnal de la hija?

Stephen abrió la boca, pero la cerró un segundo después. Había ido a la casa por propia voluntad, porque ella le había dicho que le debía una disculpa a su hija, y él sabía que era cierto.

—Siéntate, por favor.

Él, obedeció enseguida. El interior de la mansión cortaba la respiración.

—¿Por qué su hija, una dama de posición, decidió entretenerse con un hombre como yo?

Susan pensó que esa forma franca de decir los pensamientos debía corregirse.

—Porque quería romper un compromiso no deseado —le explicó.

—Entonces no es necesaria mi disculpa —respondió sincero.

—Mi hija ha desgraciado su futuro, y necesita una reparación, no una disculpa.

Stephen parpadeó alerta.

—¿Una reparación?

—Mi hija era virgen —le aclaró en un tono duro.

Las mejillas de Stephen se pusieron rojas como la sangre. Estaba tan borracho por la absenta y el láudano, que no recordaba ese detalle, aunque sí lo estrecha que era la muchacha.

A Susan le pareció adorable que un hombre se ruborizara.

—Y tendrás que ofrecerle matrimonio —ahora se atragantó de forma violenta al escucharla—. Y por eso estoy decidida a hacer de ti un caballero.

—Su hija es lady, y yo un don nadie, ¿cómo voy a ofrecerle una reparación como el matrimonio? ¿Está loca? —la mujer chasqueó la lengua con fastidio palpable.

—Sí, a la primera pregunta, y no me insultes llamándome loca —le advirtió.

—Discúlpeme lady Middleton, pero ambos perdimos el control —admitió muy serio.

—Sé lo de la absenta y el láudano.

Stephen suspiró en cierta forma aliviado.

—No puede pretender que le ofrezca matrimonio a su hija —Stephen pensó en el padre de la muchacha y en el tiro que le daría entre ceja y ceja.

—¿Te pareció guapa? —le preguntó de pronto.

Supo que se refería a su hija.

—Delicadamente encantadora —respondió—. El tipo de mujer que nunca se fijaría en un hombre como yo. —La madre sonrió complacida—. Aunque admito que podría hacerme mucho daño si se lo propusiera, porque me gustó de verdad.

—Me alegra saber eso.

—Y yo de que una muchacha tan fina y elegante se fijará en mí a pesar de lo zafio que parezco. De verdad que estoy avergonzado, pero es imposible que le ofrezca matrimonio porque...

La dama lo interrumpió.

—Mi hija está encinta...

El descalabro que sintió al escuchar que había dejado encinta a una muchacha noble, le palpitaba todavía en los oídos. Salió de Wilderness como alma que lleva el diablo. Se sentía furioso consigo mismo, avergonzado, y sin saber qué demonios hacer con su vida. Durante los siguientes días se encerró en Manor Ville y no atendió ni a los mensajes que le enviaban sus amigos. Por primera vez en su vida, Stephen deseaba, en el mejor de los casos, estar muy lejos de Nueva Escocia, en el peor, muerto y enterrado.

Lady Middleton le envió dos mensajes que ignoró, al tercero decidió enfrentarla de nuevo. Eran las seis de la tarde cuando se plantó de nuevo en Wilderness.

—Le ofreceré matrimonio de reparación a su hija —le soltó de forma brusca y sin mirarla porque no podía sostenerle la mirada—, aunque confío que tenga la sensatez de rechazarme, pero le juro que nunca me desentenderé del bebé que espera.

Susan soltó un largo suspiro de alivio.

—Antes de que le propongas matrimonio a mi hija, debemos pulir el diamante en bruto que escondes —Stephen asintió—. Del vestuario, hablaremos pronto.

La mirada de la mujer se paseó por el traje oscuro. Miró el pañuelo amarillo del cuello, haciendo al mismo tiempo un gesto de desagrado.

—Es difícil hacer el nudo de forma correcta —afirmó él.

Ella se llevó la mano a la barbilla en plan pensativo.

—Es ropa de abogado sin recursos, pero no la del pretendiente de mi hija, y puestos a decir, de un hombre de tu estatura y corpulencia.

Stephen sonrió.

—Pero soy un hombre respetable.

—Es necesario mantener una higiene adecuada —afirmó ella.

Stephen no pudo evitar inclinarse para olerse los sobacos. Susan rio al ver su gesto.

—No huelo mal —se defendió.

Ella lo invitó a sentarse. Así lo hizo.

—Por favor, Stephen, ¿descorcharías el champán? —él, iba a decirle que no le gustaba, pero no fue necesario porque interpretó correctamente la mirada de la mujer—. Nos gustan los hombres que se bañan a diario —Stephen escuchaba atentamente mientras descorchaba la botella.

—¿Tan importante es oler bien?

El tapón salió despedido y el líquido de la botella también. Susan mojó sus dedos y los pasó por detrás de sus orejas en un gesto muy sensual, después los lamió.

—Una cosecha excelente.

Cerró los ojos porque los gestos de la mujer parecía que lo provocaban, y no podía olvidar que era la madre de la muchacha a quien le había hecho el amor como un loco una noche más loca todavía, a la que había dejado encinta, y a la que tenía que proponer matrimonio.

—Algo que valoramos mucho las mujeres es que los hombres se laven las manos después de ir al baño.

Los ojos se le abrieron como platos.

—Entiendo...

—Ni te imaginas lo desagradable que resulta algunos olores personales en una reunión formal. O el de un compañero de mesa que de repente nos pasa el panecillo de pan en un intento de ser cortés.

—Lo tendré siempre en cuenta.

—Hay que estar atento a limpiarse bien debajo de las uñas. Los pelos de la nariz... todo eso hay que cuidarlo con esmero.

Stephen fue sirviendo el champán en las copas, pero la mano de Susan impidió que siguiera vertiendo el dorado líquido.

—Justo hasta la mitad de la copa —le pidió, él, hizo un interrogante con los hombros—. Es importante que no se caliente en la mano —miró la botella con interés—. Para eso está la champanera, para mantenerlo frío.

—No suelo beber champán...

—El champán es una de las bebidas más distinguidas de todo el mundo, y el que prefieren las damas como yo.

Los dos tomaron un sorbo de champán. Las burbujas le cosquillearon a él en el cielo de la boca.

—Ahora que he captado tu atención sobre la bebida más excitante, vamos a hablar sobre el atuendo... —él hizo un gesto afirmativo—. Tienes que llevar ropa que te favorezca.

—Un hombre simple viste ropa simple —respondió.

Susan sonrió mientras bebía el resto de su champán, un segundo después le tendió la copa para que le pusiera más.

—Nunca debes permitir que la copa de una dama se quede vacía.

Stephen cerró los ojos y sonrió. A ella le gustaba su sinceridad.

—Podría emborracharla —le dijo él.

—Difícilmente —respondió enigmática—, continuemos. Debes usar colores sólidos y oscuros como los azules, grises y marrones. Él negro se deja para ocasiones de gala, y nunca se debe llevar pañuelo al cuello que no sea blanco o crema —Susan hizo una pausa corta antes de continuar—. Un caballero jamás llevaría reloj de bolsillo en una cena de gala.

—Yo nunca llevo reloj —afirmó divertido.

—Es muy importante llevar el cabello limpio y bien cortado.

Stephen terminó por soltar una carcajada.

—He conocido a varios nobles que no cumplen ninguna de esas premisas.

Ella hizo como si no lo hubiera escuchado.

—Un buen traje nunca debería hacerte parecer más desaliñado, por eso, la próxima vez que decidas comprarte uno, asegúrate de llevarme contigo.

Él, no gastaba mucho dinero en ropa. Solía vestir la de su padre. Stephen llenó de nuevo las copas justo hasta la mitad, y le hizo un gesto atento.

—Debes aprender a vestir la ropa apropiada para cada ocasión, pero recuerda siempre esta premisa; es mejor estar demasiado elegante que mal vestido.

—Interesante —contestó Stephen que no perdía detalle de todo lo que le decía Susan.

—Cuando des un apretón de manos, que sea firme. —Stephen pensó que en ese sentido era todo un caballero—. Y delante de las damas debe evitarse todo vocabulario soez.

—No hace falta ser un noble para saber eso.

Susan entrecerró los ojos mirando el rostro de Stephen.

—Un verdadero caballero es respetuoso especialmente con las mujeres a las que les gustaría

llevarse a la cama —Stephen tosió abruptamente—. Debes ser amable y discreto con todas ellas —le recalcó.

Stephen la miraba con semblante serio, valorando realmente lo que le estaba diciendo.

—La mayoría de hombres se sentirían molestos por mi sinceridad, y no aceptarían mis consejos.

—Yo no soy la mayoría de los hombres —contestó él.

Los ojos de lady Middleton se entrecerraron.

—Lo he sabido desde el mismo día que te conocí.

—Puedo aprender a ser caballeroso, a parecer mínimamente respetable, pero es un hecho que no tengo título ni fortuna que ofrecerle a su hija.

—Ahora eso ya no importa, no, cuando vienen en camino una criatura.

De nuevo, bajó los ojos avergonzado.

—Y por eso estoy decidida a hacer de ti un auténtico caballero, por mi hija, y por mi futuro nieto.

—¿No hay un padre que me rete a duelo? —quiso saber Stephen.

Lady Middleton soltó un suspiro suave.

—El padre de Kelly la ha desheredado —reveló la mujer muy triste y compungida—. Tendrás que mantenerla con el sudor de tu frente.

Stephen miró a su alrededor. A la muchacha no le gustaría Manor Ville.

—Me encuentro en dificultades económicas porque mi antigua novia me denunció...

Lady Middleton lo interrumpió.

—Conozco la historia.

¿Y aún así pretendía seguir adelante? Se preguntó él.

—Tengo ahorradas tres mil libras —le dijo Stephen—, pero ignoro cuántas me quedarán después del juicio que tengo pendiente.

—¿Continuamos? —le preguntó ella.

—Por favor, discúlpeme.

Él, se negaba a tutearla.

—Recuerda, la autoconciencia es parte clave para ser un caballero. Siempre debes tener una idea de cómo te perciben los demás, y de si tus acciones pueden considerarse ofensivas.

Stephen meditó de forma concienzuda en esas palabras que lo resumían todo. Si era consciente de sus acciones, nunca cometería un fallo.

—Es el mejor consejo que me han dado nunca —admitió complacido y relajado.

Susan hizo un gesto amable.

—Ahora vamos a disfrutar de una buena cena, y te advierto —le dijo en plan amenazante—, que saber utilizar cada utensilio de la mesa, es un auténtico desafío.

Cuando Stephen llegó esta tarde a Guysborough su ánimo estaba pletórico, aunque se desinfló hasta mínimos cuando contempló con sorpresa que en la casa de la tía de su abogado debían estar todas las mujeres de la localidad. La larga mesa del comedor estaba llena de dulces, de bebidas sin alcohol, y él pensó seriamente en marcharse. Ignoraba que lo conocían de oídas, y que estaban ansiosas por hablar con él y de recibir asesoramiento.

—No sabía que esta tarde estaría ocupada.

La mujer le sonrió.

—Han venido a conocerte, y a proponerte algo.

Stephen dio un paso hacia atrás escandalizado. Quería que las mujeres vieran al abogado profesional que podría solventar cualquier tema legal.

—Pasa, siéntate.

Él, lo hizo como un autómatas. Le ofrecieron un vaso de limonada que rechazó.

Las mujeres estaban sentadas alrededor de la mesa y lo miraban con interés. Todas debían de tener más o menos la misma edad de su anfitriona, y, por la calidad de sus vestidos y joyas, debían ser mujeres pudientes casadas con hombres pudientes y dueños de la mayoría de las tierras de la isla.

—Algunas de nosotras hemos oído las hazañas que la logrado señor McNiall.

No hizo falta que preguntara a qué hazañas se referían.

—¿Desean conocer algún caso legal en particular? —preguntó mientras tomaba asiento en la cabecera de la mesa.

—Su fama recorre cada rincón de la isla.

Él, lo imaginaba.

—Soy un buen profesional —admitió orgulloso.

—Sobre todo ayudando a viudas desamparadas —apuntó la anfitriona.

—Por eso nos hemos decidido a contactarle.

Stephen se posicionó mejor en la silla.

—¿Le gusta defenderlas? —preguntó una de las mujeres.

Llevaba un collar de perlas tan gordas en el cuello que Stephen apenas podía mirarla a los ojos.

—Siempre he sido honesto, y mi madre me enseñó a ayudar a los desvalidos, y las viudas son mujeres desvalidas —contestó elocuente.

—Todas las aquí presentes pertenecemos a la fundación Rosmary. —Él, no conocía esa fundación—. Ayudamos a mujeres maltratadas por sus esposos.

Stephen supo que pisaba terreno peligroso.

—Siempre he estado en contra del maltrato, a pesar de la denuncia que pesa sobre mí.

—Estoy convencida de ello, Stephen —el apoyo de la anfitriona, lo emocionó.

La mujer de las perlas comenzó a monopolizar la conversación.

—Las mujeres debemos comenzar a defender nuestros derechos.

Stephen aceptó finalmente un vaso de limonada.

—Por eso queríamos saber su opinión como abogado —lo animó otra de las asistentes—.

¿Cómo podemos defender de forma legal nuestros intereses con respecto a herencias y separaciones?

Stephen supo que todas conocían el lío en el que estaba metido.

—Legalmente no hay mucho que hacer porque las leyes protegen la vida y herencia de los hombres —respondió al fin sincero—. Pero hay resquicios legales que les pueden ayudar a no perder todas las propiedades por un heredero no designado.

Y durante la siguiente hora, Stephen las estuvo asesorando.

—Pero si no tenemos hijos varones, es un hecho que no podemos proteger nuestras herencias paternas.

Stephen observó con atención a la mujer de las perlas. Hablaba con propiedad. Ella creyó entender su mirada.

—Mi nombre es Violet, y perdí toda la herencia de mi padre a favor de un primo segundo.

En la estancia se hizo un silencio aunque duró poco, y durante la siguiente hora siguieron debatiendo los pros y los contras leyes que retrocedían los derechos de las mujeres a la edad de piedra.

El sábado Stephen debía asistir a una cena en la lujosa mansión de lady Middleton. Ella decía que era la prueba de fuego para comprobar si todos sus consejos daban sus frutos.

Las enormes puertas estaban abiertas, y en el jardín delantero había carruajes de todo tipo. Estaciono su faetón en el único hueco que quedaba.

Stephen se ajustó el pañuelo blanco alrededor del cuello. Aceptando el sabio consejo de lady Middleton, y se había comprado algo de ropa, aunque no en la exclusiva sastrería que le había sugerido ella, sino en otra mucho más acorde con su bolsillo. Llevaba ropa de buena calidad, pero no ostentosa.

Se pasó las palmas de las manos por el cabello recién lavado y cortado, y se colocó el sombrero de copa. Vestía traje oscuro y camisa de color blanco. Llevaba en los pies unos carísimos zapatos porque ella había insistido mucho.

No había subido ni el primer escalón cuando lady Middleton salió a su encuentro. Lo observó con atención antes de obsequiarle una sonrisa, era la señal inequívoca de que aprobaba su elección. Él, no se sentía todavía seguro, aunque pensaba esforzarse al máximo para conseguirlo.

—Estás muy atractivo, señor McNiall —se notaba lo orgullosa que se sentía la mujer de su creación.

El Stephen McNiall de ahora era la obra de una dama de alcurnia.

—¿Ya no parezco un zafio? —preguntó con humor.

—Nunca has sido un zafio —respondió ella—. Has sido un hombre con poca suerte, pero con una profesión respetable.

En los siguientes minutos, Stephen se encontró besando la mano de cada una de las damas que amablemente le presentaba, y, cuando sus ojos recorrieron el bonito salón, se llevó una sorpresa porque muchas de las mujeres que habían estado en Guysborough aquella tarde, se encontraban presentes, y la mayoría con sus esposos. Mirarlos le hizo sentir extrañamente bien pues eran hombres normales, algunos con calvicie, otros con sobrepeso. Unos más altos, otros más bajos, pero sus mujeres los miraban como si fuesen para ellas sus estrellas fulgurantes.

Stephen pensó en Mollie, y desechó el pensamiento. Él, quería una mujer así; que lo mirara como si fuera el hombre de su vida.

—¿Sorprendido? —preguntó de pronto Violet.

Stephen no conocía su apellido.

—¿Os conocíais? —inquirió Susan.

—Por Felicity —contestó la dama—, su sobrino lo representa como abogado.

Con esa respuesta Stephen intuyó que Felicity se había ido de la lengua con todas y cada una de las mujeres que asistieron a la reunión en Guysborough.

—¿Cómo se encuentra Felicity? —le preguntó.

Y la mujer le relató una anécdota muy aburrida, después de unos momentos, dejó de escucharla para centrarse en los hombres; en sus posturas elegantes, en la forma de sostener la copa de champán. Otros bebían ponche, pero todos vestían impecables, y con ropas que él no podría pagar ni con un año de sueldo como abogado.

Se descorazonó. Él, no encajaba en ese ambiente aristocrático, y por ese motivo durante la

cena se mantuvo taciturno y con la mirada perdida aunque respondiendo cortésmente las preguntas que le hacían de tanto en tanto. Cuando terminó la comida y salieron al jardín, el alivio lo embargó por completo.

—¿Qué haces en Wilderness? —Stephen se giró sobre sí mismo hacia la voz aterciopelada—. ¡Vaya, no pareces el mismo hombre de Nuttby!

Exclamó la muchacha que lo había seducido.

El corazón del hombre se aceleró, se quedó paralizado al sentir como esos ojos verdes dejaban su rostro y recorrían su cuerpo de arriba abajo. Stephen contuvo el aliento ante la inspección de ella, y se puso nervioso cuando vio que su mirada se centraba en sus entrepierna. No pudo evitar carraspear; lo estaba desnudando con la vista.

Kelly sintió como el poder que de él emanaba penetraba en su cuerpo, y la sacudía de un deseo inexplicable. ¿Qué hacía ese hombre en la casa de su madre? ¿Por qué iba vestido de forma tan impecable, y mostraba esos modales tan exquisitos? Como acto reflejo se escudó en su genio, entornó los ojos pero no pudo moverse lo más mínimo.

—Hola, Kelly...

Conocía su nombre, conocía dónde vivía, ¿qué pretendía?

Stephen estaba desangelado. Era la muchacha a quien le había hecho el amor, la futura madre de su hijo. Stephen desvió los ojos porque no podía sostenerle la mirada de lo avergonzado que se sentía.

—¿Qué haces en Wilderness? —lo tuteaba así sin más.

Él, soltó el aire de golpe.

—Deseo hablar contigo —se sinceró.

Si de algo se arrepentía de sus acciones pasadas, hacerle el amor a una dama, era la más lamentable. ¡Pero qué guapa era!

—Yo no —admitió sincera.

La mirada de Stephen bajó hasta el vientre de ella que ya evidenciaba su embarazo.

—Te debo una disculpa.

—¿Por qué?

Estaba claro el motivo de la disculpa.

—Estaba muy borracho, y no pude protegerte.

Ella se quedó pensativa.

El rostro de la muchacha se le había aparecido en sueños y lo atormentaba. Necesitaba abrazarla otra vez. Necesitaba verla otra vez. Contemplar el brillo tan intenso que desprendían sus ojos a la luz de la llama de una vela cuando todo su cuerpo ardía de deseo. Sentir sus cabellos entre sus dedos, y la suave piel de su cuerpo bajo sus manos. Volvió a carraspear.

—Me siento avergonzado, y también utilizado.

La muchacha desvió la mirada visiblemente turbada.

—Gracias a ti me deshice de un prometido aborrecible.

—Pero he malogrado tu reputación y tu futuro.

A ella le sorprendió que se culpara de todo.

—Fui yo la que te utilicé —le dijo ella—, y si te sirve de consuelo, no recuerdo muy bien el asunto entre nosotros.

Stephen le puso en la mano una copa de champán.

—No puedo beber, estoy encinta —le recordó.

Sus palabras le agitaron el alma.

—Y yo soy el responsable...

—Pero no pienso reclamarte nada —le dijo para tranquilizarlo.

Las palabras de ella lo molestaron.

—¿Piensas que soy esa clase de hombre? —le preguntó a bocajarro.

Se moría por besarla. Era todavía más hermosa de lo que recordaba.

—¿Vives cerca de aquí? —se atrevió a preguntarle.

Él, hizo un gesto negativo. Se habían acostado juntos, habían engendrado una vida, pero lo desconocían todo el uno sobre el otro.

—Vivo en Manor Ville —le dijo él.

Y reparó en lo nerviosa que se veía la adorable muchacha.

—¿Qué piensas? —al momento se arrepintió de su pregunta.

—¡Kelly, has venido por fin! —la voz de la madre sonó alegre tras él que se giró un tercio.

A Susan la acompañaba una mujer que no le quitaba la vista de encima, y, durante la siguiente hora, Stephen controló el tono de voz. Sus gestos fueron lentos y cuidadosos. Se esforzó por sonreír con naturalidad cuando algo no entendía o lo incomodaba. No habló demasiado sobre sí mismo, y no porque se lo hubiera aconsejado Susan, sino porque le pareció mucho más interesante escuchar lo que decían los demás sobre sí mismos.

Stephen no se daba cuenta, pero el hecho de que no compartiera información sobre su vida privada o su persona, lo hacía parecer mucho más misterioso, cosa que las mujeres allí reunidas consideraban muy atrayente. Pudo hablar sin reservas sobre música. Hizo algunas aportaciones sobre deportes y políticas. Y se rio también cuando salió a surgir su profesión de abogado. La muchacha se escabulló con elegancia, pero Stephen la interceptó. Si ella creía que podía deshacerse de él, estaba muy equivocada.

Con ademanes suaves la dirigió hacia el jardín posterior de la mansión.

—Debemos hablar —le dijo soltando un suspiro.

Ella se mordió ligeramente al labio inferior.

—No te preocupes, señor McNiall, no espero nada.

Stephen paró sus pasos de golpe, y la miró.

—Esa actitud me pone nervioso —admitió en voz baja—. Porque soy un caballero, acepto y asumo la responsabilidad que he contraído contigo.

Una criada paseó una bandeja con bebidas por si algunos de los invitados que habían decido conversar en el jardín trasero como ellos, sentían la necesidad de beber algo.

—¿Te pongo nervioso? Me alegra saber que te provoco ese efecto.

La mirada verde de ella refulgía.

—No juegues conmigo, Kelly —le pidió él que estaba desbordado.

En todos sus años vividos jamás habría podido llegar a imaginar que una muchacha tan especial como ella le hiciera sentir tan bien.

—Fue mi elección, y no te reprocho nada.

Ella lo vio mesarse el cabello con impaciencia.

—Pensaba que esto iba a ser más fácil —confesó él.

Kelly lo miró seria un momento. Le había dicho que no recordaba muy bien el momento en el que lo incitó a que le hiciera al amor, pero sí lo recordaba.

—Te resulta difícil porque piensas que voy a reclamarte responsabilidades, pero no es cierto.

Stephen enderezó los hombros.

—Ya no depende de ti ni de mí, criatura —le dijo en un tono conciliador.

—Te libero de toda responsabilidad —insistió ella.

—No —la contradijo él—. No tengo título ni riqueza que ofrecerte, pero soy un buen hombre y responsable de mis actos.

La muchacha entrecerró los ojos.

—¿Qué tratas de decirme?

Stephen se dijo que si había llegado hasta ahí, bien podía continuar.

—Deseo que aceptes mi propuesta de matrimonio.

La muchacha inspiró profundo.

—Precisamente te utilicé para deshacerme de un compromiso.

Eso le había quedado muy claro.

—Piensa en tu madre, en tu reputación, en ese bebé que viene de camino, y que no tiene la culpa de nada.

Ella pensó durante un momento, un instante después se le oscurecieron los ojos.

—¿Piensas que puedes obtener beneficios casándote conmigo?

Que ella pensara tan mal de él le provocó una sensación amarga.

—No —le dijo sincero—. Pero quiero darle mi nombre a mi futuro hijo, después te concederé al divorcio si así lo deseas. No pienso obligarte a nada.

—Soy católica —respondió rápida—. De aceptar tu propuesta, no podría considerar un divorcio.

Stephen cerró los ojos. Cuando ella le recordaba todo eso, sentía una vergüenza abrumadora.

—Entonces, ¿vas a permitirme que enmiende mi error?

—No hay nada que emendar —lo contradijo ella—. Mi padre me ha desheredado, jamás veré un céntimo. Soy tan pobre como una rata.

Ella, con un dedo le señaló el pecho.

—Entonces, no hay nada más que objetar.

Kelly percibió que Stephen comenzaba a relajar los hombros.

—¿Lo dices de verdad? —la muchacha no podía creerle.

Si algunos invitados escuchaban la conversación tan explícita e íntima que mantenían ambos, no se dieron por aludidos.

—Nunca he hablado tan en serio en mi vida...

Ella se quedó un tiempo pensativa. Evaluaba todas y cada una de las opciones que tenía. Estaba metida en un buen lío. Había actuado sin pensar, pero ese hombre le gustaba mucho, e intuía que la vida a su lado podría ser aceptable.

—¿Me darás un tiempo para que piense en tu propuesta? —le preguntó sin dejar de mirarlo.

—No tenemos todo el tiempo del mundo —respondió mirando de forma significativa el vientre de ella.

Tras superar la vergüenza inicial, el resto de la velada transcurrió de forma tranquila y sin incidentes.

—Necesito tiempo para pensarlo —insistió ella.

—Está bien, pero deseo conocerte mientras piensas la respuesta que vas a darme.



Kelly pasó toda la semana en compañía de Stephen, y para ella resultó ser un hombre encantador. Era atento, afable, y con un punto canalla que le encantaba. Durante esos días, Stephen

olvidó el juicio pendiente, y la convivencia con Mollie se fue diluyendo en su memoria a pasos agigantados. Pensaba en ella, sí, pero no como la mujer a la que le había propuesto matrimonio, sino como una mujer vengativa y llena de complejos que había volcado en él la inseguridad e insatisfacción que sentía sobre su vida. Sus constantes abandonos debían de haberle enseñado que mujeres así nunca cambiaban.

Stephen no dejó de reunirse con sus amigos ni de visitar a Felicity, aunque le alegraba enormemente que no hubiera organizado otra reunión feminista en su casa. La anciana era la mujer más dulce y hospitalaria del mundo.

Como seguía teniendo clientes, gracias a lady Middleton que hablaba maravillas sobre él, había decidido abrir un pequeño bufete en Cow Bay. Era un riesgo, pero necesitaba estabilidad para el futuro que se le presentaba. Dos abogados jóvenes recién graduados querían trabajar para él, y le habían ofrecido hacerlo con honorarios muy bajos hasta que el bufete se asentara.

Él, había aceptado, y, mientras tanto, seguía viendo a Kelly, la dulce, hermosa, y especial mujer que iba a convertirse en la madre de su hijo. Todavía no le había dado una respuesta, pero no quería presionarla.

Lady Middleton le había dejado muy claro que jamás tendrían dinero del conde de Bedford, pero eso a él no le importaba. Se consideraba lo suficientemente preparado y fuerte para suministrarle a ella y al hijo que esperaban todo lo que necesitarán.

No era rico ni tenía fortuna, pero era un buen hombre que iba a hacer las cosas bien porque el futuro le importaba mucho.

Esperaba en Dufferin la llegada de su abogado. Tenía que concretar con él algunos detalles importantes tras una nueva información que le había hecho llegar el detective al que había contratado tiempo atrás.

Charles se mantenía detrás del mostrador mientras él ocupaba una mesa apartada. Lo vio llegar, Stephen soltó un suspiro, ahora se percataba de lo impaciente que estaba.

—Me hubiese gustado tener el encuentro en otro lugar —le dijo el abogado en un tono seco.

Stephen no se molestó por la ausencia de saludo. Tampoco por la crítica por el lugar escogido.

—No me encontraba en Halifax cuando llegó su mensaje —le explicó.

—No habrá juicio —le soltó de pronto el abogado.

Stephen enmudeció.

—La policía ha logrado arrestar al hombre que golpeó a la señorita Mollie Hunter —seguía sin poder decir palabra—, porque lo ha hecho de nuevo.

—¿Cómo...? —fue incapaz de continuar.

El abogado sacó un par de fotos de su cartera de piel y se las mostró. Mollie había sido golpeada de nuevo con más brutalidad todavía.

—El detective que contrató me hizo llegar una información.

Stephen no entendía.

—¿Por qué no me la hizo llegar a mí?

—Creyó conveniente hacérsela llegar a la persona que lo defendía.

—Pero soy yo el que paga sus servicios —replicó molesto.

—La nueva agresión ha tenido lugar en Port Hodd —siguió informando el abogado.

—¿Quién? —preguntó aunque casi prefería no saberlo.

—Un hombre de Fall River —Stephen entrecerró los ojos—. Es su actual amante... —el abogado soltó la información observando con cautela la reacción de él—. Es la cuarta vez que la golpea.

—¿Desde cuándo está con él? —se atrevió a preguntar.

El abogado se veía un poco incómodo.

—Según la información de su investigador, desde hace poco menos de un año.

Stephen pensó que era el mismo tiempo que había transcurrido desde que lo abandonara. Había saltado de una cama a otra sin perder el tiempo.

—¿Y por qué me denunció a mí?

El hombre se mantuvo en silencio durante unos momentos.

—Estas cosas suceden.

—Yo nunca le había puesto la mano encima —se defendió—, salvo una bofetada de la que me arrepentí enseguida.

Stephen sintió deseos de reír de lo absurdo que se sentía.

—Aquí tengo el informe del detective.

Sacó una carpeta de su cartera y se la tendió. Stephen la cogió sin dejar de mirarla.

—Sería mejor ir a juicio —dijo él.

—Yo no lo tengo tan claro —apuntó el abogado.

—Las pruebas caen por su propio peso —argumentó Stephen.

—Si no vamos a juicio el coste de mis honorarios será mucho menor.

—Le agradezco la aclaración —respondió en voz baja—. Pero no deseo ninguna sombra sobre mi cabeza y mi futuro —el abogado no comprendió sus palabras—. ¿Y si vuelve a incriminarme en otro asunto feo?

—No creo que lo haga —le informó—. Existen demasiadas pruebas que desmontarían su falsa acusación.

—¿Y ya está? —preguntó él—. ¿Qué sucede con mi reputación? Aunque ella retire la denuncia no se habrá demostrado que soy inocente.

—Es mejor no ir a juicio —le aconsejó el abogado.

—No tengo nada que perder —contestó al fin—. Y mucho que ganar, recuerde que yo también soy abogado.

—No se lo aconsejo —insistió el letrado.

—Puedo encargarme de mi propia defensa —alegó Stephen.

El abogado mantuvo un silencio muy significativo.

—Puede hacerlo, pero no se lo recomiendo.

—Si ya no desea representarme, lo entenderé, pero deseo limpiar mi buen nombre pues pienso dedicarme a la abogacía —le reveló—, y no puedo permitir ninguna pequeña mancha sobre mi profesionalidad.

—Es justo —aceptó el abogado—. Me pondré en contacto con usted más adelante...

Era sábado por la tarde y Kelly iba a darle por fin una respuesta. Junto a ella había pasado los días más extraordinarios de su vida. Era una muchacha llena de vida que le había mostrado un lado de su personalidad que ignoraba que existiera. La había invitado a un picnic en Clam Harbour, su playa preferida, y, paseando por la arena con esa muchacha tan hermosa, se sintió inmensamente feliz, relajado y tranquilo.

—Me gusta el Stephen de ahora —le reveló ella.

Terminó por reírse.

—Ni te imaginas lo que he disfrutado a tu lado —admitió con humor.

—Yo también lo he pasado genial —concordó la muchacha.

El brillo en los ojos de Stephen resultó de lo más extraño.

—Congeniamos muy bien —aceptó.

—Me alegro de que todo comience a ir bien para ti.

Sí, después de tantos meses en la más absoluta angustia, ahora podía respirar tranquilo, pero Stephen no era tan ingrato para no reconocer que todos habían colaborado para ayudarlo; sus amigos, Violet, lady Middleton, e incluso ella misma.

—Has sido lo mejor que me ha pasado en la vida —le confesó al mismo tiempo que la tomaba de la mano.

Siguieron paseando hasta llegar a un grupo de jóvenes que iban armados con instrumentos de música. Estaba claro que pertenecían a alguna escuela de arte, y que pasaban el día en la playa.

—Me asombra la facilidad que tienen algunos para disfrutar la vida a pesar de las preocupaciones —le dijo ella.

—Con la madurez llegan las responsabilidades —respondió él.

El gesto resignado de la mujer le arrancó una sonrisa.

Los dos se quedaron de pie escuchando cómo tocaban. Unas muchachas bailaban en torno a ellos. Stephen les hizo un gesto negativo con la cabeza cuando se acercaron demasiado, quizás para invitarlo. No se percató de la mirada intensa que le dirigió a Kelly.

—Baila con ellas —le pidió de pronto.

Su sugerencia lo pilló desprevenido.

—De hacerlo, lo haría contigo —respondió con humor.

El brillo en los ojos de ella refulgía.

—Ya sabes cómo terminamos la última vez que bailamos.

El rostro de Stephen se sonrojó, y a Kelly le pareció adorable. Nunca había visto a un hombre ruborizarse, y le gustó mucho.

Una muchacha del grupo de música lo animó a bailar, y Kelly lo empujó a hacerlo. Stephen se movía con naturalidad, pero siempre frente a ella. Sonreía de forma sincera, y Kelly se encontró mirándolo con atención. Su madre había hecho un trabajo extraordinario porque dentro de una roca oscura había logrado encontrar un diamante brillante. Ella lo había visto aquella noche en su despedida cuando él rechazó beber más de la cuenta, y cuando no quiso aprovecharse de sus amigas a pesar de que lo incitaban con gestos. En Dufferin lo vio incómodo, fuera de lugar, y se sintió muy intrigada por ese hombre. De repente, Stephen extendió su brazo con una invitación que

ella aceptó. Se acercó hacia él con movimientos despreocupados. Alcanzó la mano de Stephen, y giró sobre sí misma al ritmo de la música. Ambos iban descalzados, y parecía que en la playa no había nadie más que ellos.

—Ni te imaginas lo que me haces sentir —le susurró al oído.

—Tú también me provocas sentimientos bonitos —respondió ella.

—Tengo la esperanza de que aceptes mi proposición —le confesó él.

Los dos se pararon al mismo tiempo, y se miraron con ansia.

—Ya tengo mi decisión tomada —el corazón de Stephen se detuvo dentro de su pecho—.

Acepto tu propuesta —le anunció—. Voy a casarme contigo,

El hombre sentía que la sangre se le calentaba en el interior de sus venas.

—Ahora mismo soy el hombre más feliz del mundo.

Ella le sonrió de forma sincera.

—Debo ir a Bedford y hablar con mi padre.

Stephen sabía que esa decisión era acertada.

—Si me lo permites, me gustaría acompañarte —se ofreció.

Kelly sonrió de oreja a oreja.

—Nada me haría más feliz, pero debo hacerlo sola.

Stephen se puso serio de inmediato.

—Me gustaría protegerte.

—No te preocupes —le dijo ella—, pero debo mantener una conversación con mi padre, después nos casaremos.

Sin ser consciente, Stephen le pasó el brazo por los hombros y siguieron paseando por la orilla de la playa entre risas y bromas.

Kelly se había ido, y era como si el sol se hubiera ocultado, porque no se había ido por un día, sino que llevaba varios fuera de Halifax. Stephen estaba melancólico aunque seguía visitando a Violet con asiduidad. También siguió viendo a lady Middleton, aunque ya no recibía más instrucciones sobre cómo ser un auténtico caballero. El negocio iba viento en popa. Darrell había conocido a una joven de Nueva York que pensaba instalarse en la isla por él. Era viernes por la noche, y había quedado con los amigos en el club Truro. Salvo que no pudo llegar a la hora de siempre por la visita inesperada de Susan a su pequeña casa. La invitó a entrar con la sorpresa reflejada en el rostro.

—Si hubiese sabido que vendrías, habría comprado champán —Stephen estaba visiblemente nervioso.

Susan le sonrió abiertamente.

—Por una vez aceptó un vaso de agua.

—He quedado con los amigos en Truro —le dijo—. ¿Le gustaría conocerlos en persona?

Ella lo pensó durante un segundo.

—Está bien —aceptó—. Será interesante conocer a esos amigos tuyos de los que tanto hablas.

—Será un placer disfrutar de su compañía en esta tarde —le dio él.

Susan chasqueó la lengua.

—Te has convertido en un hombre peligroso.

—Siempre he sido un hombre peligroso —la corrigió.

Ambos emprendieron la marcha hacia Truro, y, para sorpresa suya, sus tres amigos estaban esperándolo en la puerta y no dentro. Como siempre, Stephen estacionó el faetón frente al establecimiento. Los amigos, cuando vio a Susan, ya no dejaron de mirarla ni de seguirla con los ojos.

—Parpadea que se te van a secar las cuencas —le dijo Stephen mientras a Charles.

Hizo las oportunas presentaciones.

—Es un placer conocerlos a todos, caballeros —dijo la mujer con gesto elegante.

John inclinó la cabeza tratando de imitarla.

—Un lugar encantador —continuó ella.

—Poco elegante para una dama tan fina como usted —apuntó Charles.

—Tenía mucho interés en conocer a los amigos de míster McNiall.

Darrell carraspeó porque tenía ganas de soltar un improperio y tuvo que contenerse. La mujer, con ropajes de seda y joyas que valían una fortuna, lo intimidaba. Pero Stephen logró romper el hielo, y, tras unos momentos de silencio, sus amigos se comportaron como mejor sabían; como unos auténticos vividores de la vida.

Cuando Stephen decidió llevar a lady Middleton a su mansión Wilderness, ella lo miró seria durante unos minutos.

—Quiero mostrarte algo. —Stephen la miró con sorpresa—. Era el motivo por el que me he presentado en tu casa.

—¿En Manor Ville? —preguntó—. ¿Y desea mostrármelo ahora?

—¿Tienes algo mejor que hacer?

—En verdad, no.

—Entonces, acompáñame, no nos llevará mucho tiempo.

Stephen condujo el faetón con maestría. Susan se mantuvo en silencio.

—Estoy invitada a un evento, y vas a ser mi acompañante.

Stephen se miró el atuendo preocupado. Él no iba preparado para una reunión con la alta sociedad de Halifax.

—No creo apropiado... —ella no le permitió continuar.

—Estás perfecto, siempre perfecto.

La mujer le indicó el camino, cuando llegaron, Stephen estacionó el faetón en el jardín principal de la mansión. Se podía escuchar el gran ambiente dentro de la casa. Cuando Susan descendió del carruaje ayudada por Stephen, le sonrió agradecida por su caballerosidad.

—¿Qué desea mostrarme? —le preguntó cada vez más intrigado.

—Después te lo diré.

No tocaron a la puerta, no hizo falta. Un mayordomo los acompañó hacia el interior.

—Susan, ¡qué sorpresa! —gritó una mujer de edad avanzada.

Stephen tuvo tiempo de hacer una barrida por el atestado salón, y se percató de la cantidad de gente que había allí. Lady Middleton lo presentó a la anfitriona y a algunos invitados ilustres.

—No creí que vinieras —le dijo la anciana.

—No podía faltar a tu cita, y disculpa que haya traído a un invitado sin avisar.

La música de un piano acompañaba a las conversaciones de los diferentes invitados.

—Tus amigos siempre son bienvenidos.

Stephen se preguntó qué diablos hacía él en ese lugar tan elegante y lleno de gente refinada.

—Ven, quiero presentarte a una persona —le dijo Susan cuando la anfitriona los dejó a solas.

Stephen se vio arrastrado por Susan hacia un lugar en concreto del salón donde estaban reunidos tres hombres que conversaban entre sí. Le dio tiempo de observar el atuendo de ellos, pero uno solo destacaba entre el resto como una mosca en un plato de crema.

—Lord Dashwood, permíteme que le presente a un buen amigo —el mencionado se giró hacia ellos con el rostro frío como el hielo—. Le presentó a mister McNiall.

El hombre casi ni lo miró.

—¿McNiall? —preguntó—. No conozco a ninguna familia con ese nombre.

Susan apretó los labios con desagrado.

—Es un abogado muy reconocido en Halifax.

Stephen le tendió la mano pero el otro la desairó. Le hizo un gesto apenas perceptible con la cabeza.

—Un placer —le dijo, un instante después se giró de nuevo hacia los hombres con los que estaba, e ignoró a Susan y a su acompañante.

Susan se lo llevó de allí.

—¡Menudo elemento! —exclamó Stephen—. Debe de tener un palo atravesado en el culo para mantenerse tan tieso.

Susan no pudo evitar soltar una risa.

—Obsérvalo con discreción, y dime qué ves.

Y eso hizo durante los siguientes quince minutos.

Miró los ademanes afectados, el lenguaje casi ininteligible, y las maneras de acercarse a los invitados para intimidarlos con su presencia. Vestía excesivamente elegante, y con unos aires de grandeza que tiraban de espaldas. Parecía que estaba observando a un aristócrata del siglo pasado. Una mujer joven se acercó para decirle algo al oído, pero el tal Dashwood ni se inmutó. La miró con ojos entrecerrados, y le hizo un gesto negativo tan altanero que hasta a él, que solamente miraba, le sentó fatal.

—Tiene treinta años, y era el prometido de Kelly —le informó Susan.

—¿Prometido? —apenas le salía la voz.

—El hombre que el padre de Kelly escogió para ella.

—Me desagrada —dijo Stephen en un susurro.

La mirada de Susan resultó enigmática.

—Kelly no deseaba casarse con él, y buscó la única solución a su problema.

Stephen la miró asombrado.

—Yo...

—Tú, lograste romper su compromiso.

Dio un paso hacia atrás porque creía que lo acusaba.

—No lo hice consciente —dijo él con voz fallida—. Ya se lo mencioné.

Susan sonrió más abiertamente.

—Mi hija te escogió a ti porque supo ver la diferencia entre ambos.

Stephen estaba mudo, pero giró el rostro de nuevo hacia lord Dashwood. Susan siguió informándole.

—Es controlador, manipulador. De gustos sexuales un tanto peculiares, y con una infancia retorcida que necesitó de muchos sicólogos para poder enderezarla —Stephen comenzaba a comprender—. Ese lado oscuro que muestra a según qué mujeres, lo hace parecer muy interesante —Stephen lo miró asombrado—. Intentó forzar a mi hija porque la creía de su propiedad.

—¡Lo mataré!

—Tiene a sus espaldas un homicidio del que salió impune porque tiene el suficiente dinero para pagarse el mejor abogado del mundo. Un estadounidense, por cierto —Stephen estaba sin habla y sin capacidad de reacción—. Se le fue la mano en uno de sus juegos sexuales. Ocurrió en Nueva York hace cuatro años.

—¿Y el padre de Kelly no tuvo en cuenta todos esos motivos para anular el compromiso entre ambos? —se atrevió a preguntar mientras lo observaba cada vez con más desagrado.

—Hereditará el título y la fortuna del padre de Kelly —afirmó Susan—. Es un narcisista y ególatra que ansía demasiado el dinero que debería ser de mi hija el día de mañana.

Ese era el quid de la cuestión. Había que cambiar la ley, y proteger a las mujeres como Kelly.

—Me alegro de haber sido el instrumento para que Kelly se deshiciera de semejante individuo —admitió sincero—. Me alegro de verdad.

—A mí me alegra que mi hija te escogiera —dijo Susan admirada.

—Me adula, lady Middleton.

—Mi hija te quiere, y lo sabes —le espetó a bocajarro.

Stephen bajó los ojos avergonzado.

—Es demasiado buena para mí, no la merezco, y estoy esperando su regreso con impaciencia. Bien sabe Dios que temo que se retracte de su promesa de aceptarme.

Al fin había confesado lo que de verdad pensaba y sentía.

—Una hija como la mía se merece un hombre como tú —Stephen soltó el aire de golpe, como si le hubieran dado un puñetazo.

—Es inteligente, es guapa, es demasiado —reconoció con humildad.

—No quiero un narcisista controlador para mi hija. No quiero un pusilánime como lord Dashwood.

—Estoy de acuerdo con usted.

—Mi hija no te rechazará —argumentó la mujer—, y si lo hiciera, hazle cambiar de idea.

Stephen rio.

—Kelly tiene opinión propia.

—¿Cuándo volverás a verla? —inquirió ella.

Stephen soltó el aire poco a poco.

—De inmediato... —admitió—. Acabo de darme cuenta de lo afortunado que soy, y de lo estúpido que me he mostrado —la mirada de Stephen se veía decidida—. Iré de inmediato a Bedford para buscarla.

No se despidieron de nadie, se marcharon de la misma forma que habían llegado, por sorpresa.



Kelly lo miraba de forma profunda, y sin un parpadeo.

—Estoy enamorado de ti —confesó de pronto Stephen.

A ella se le aceleró el corazón.

—No deseo promesas sin contenido —Stephen la miró sin comprenderla.

—Toda palabras que sale de mi boca, tiene un especial contenido, sobre todo para ti.

Kelly lo miró de forma intensa. Acababa de darle el sí quiero en la iglesia, por cierto, una iglesia llena de gente: amigos de su madre, amigos del novio. Familiares lejanos...

—Vamos a construir una vida juntos —aceptó la novia que llevaba puesto un vestido nupcial precioso.

—Prometo que Jamás os faltará de nada.

El bufete iba viento en popa. Apenas podían aceptar más clientes. Stephen se encargaba de las fundaciones, testamentos, y herencias. El abogado más joven se encargaba del derecho civil, y el otro del derecho penal y procesal. Kelly terminó por sonreírle con ojos brillantes: ella no tendría la herencia de su padre, el conde, pero tendría la de su madre y abuelos maternos. Jamás le iba a faltar de nada, pero le gustaba especialmente que Stephen se hubiera casado con ella por sí misma, bueno, y por el hijo que venía en camino.

El sacerdote terminó de unirlos en matrimonio, y tras ellos se desató el caos. Todo eran aplausos y silbidos que habían comenzado los amigos de Stephen que además eran sus padrinos.

Cuando los dos se giraron hacia los asistentes, Kelly clavó la mirada en su madre que tenía los

ojos llenos de lágrimas. ¿Quién le iba a decir a ella que buscando romper su compromiso encontraría al hombre más bueno del mundo? Porque eso era Stephen para ella. Además, que defendiera a las viudas, incluso de forma altruista, le estaba generando una fama e influencia como pocos abogados lograban a lo largo de su carrera, y ella se sentía muy orgullosa.

No iban a vivir en Manor Ville, sino en la preciosa casa de sus abuelos en Barrington. La propiedad era lo suficientemente grande para albergar a tres familias. La madre de Kelly había insistido mucho para que vivieran con ella, pero la hija había rechazado su propuesta. Quería, necesitaba tener a su esposo solo para ella en completa intimidad, aunque había aceptado pasar el parto y posparto a su lado.

Stephen había terminado de hablar con sus tres padrinos, y se giró hacia ella para ofrecerle el brazo. Juntos comenzaron a caminar hacia la puerta al mismo tiempo que los asistentes les tiraban pétalos de rosas.

Sí, Kelly se alegraba de verdad de haber seducido a míster McNiall...

©Kate L. Morgan

Primera edición; abril 2020

Morgana, de la portada de cubierta

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización escrita de los titulares del copyright.